BOLSILIBROS BRUGUERA

Selección

TERROR

PASO LIBRE AL INFIERNO

CLARK CARRADOS


ST
SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

210 — Los muertos que no mate, *Burton Hare*.
211 — El gabinete del “Doctor Sangre”, *Curtis Garland*.
212 — Olor a muerto, *Clark Carradas*.
213 — Satán vive en nuestra casa, *Silver Kane*.
214 — ¿Quién mutiló a Evelyn?, *Ada Coretti*.

CLARK CARRADOS

PASO LIBRE AL INFIERNO

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 215
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 6.396 - 1977
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: abril, 1977

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1977

CAPITULO PRIMERO

La plegadera rasgó el sobre, con tenue siseo y el hombre extrajo de su interior una cuartilla doblada en dos. Al despegarla, Henry Fuller advirtió que era un papel muy fuerte y granulado, áspero, casi hiriente al tacto.

Fuller arqueó las cejas, un tanto extrañado. Se preguntó quién podía escribirle en aquella clase de papel. Pero unos segundos después, tuvo la explicación, al leer el contenido de la misiva:

> «Si el profesor Richard Bennett desea adquirir datos auténticos sobre la vida de Franz Peter, barón Von Altwihr, llamado también el Atormentador, me sentiré muy honrada de recibirle en el castillo de Roteberg, en donde gustosamente pondré a su disposición los inapreciables tesoros de la biblioteca, que contiene gran cantidad de documentos relativos a la turbulenta vida de un hombre, cuyo recuerdo, pese a los cientos de años transcurridos, todavía pone espanto en los ánimos de los habitantes de la región.
>
> »Caso de que acepte mi proposición, sírvase telegrafiar día y hora de llegada a un buen amigo, Georg Vallöss, propietario de la posada La Walkyria Azul, en Pilsbud.
>
> »Suya afectísima,
>
> »Augusta von Kammel.»

Al terminar la lectura de la carta, Fuller dio un pequeño respingo.

—¡Demonios, esto no era para mí!

Un tanto desconcertado, Fuller examinó el sobre. Entonces se dio cuenta de que, debido a un error, los empleados de la recepción habían mezclado la carta dirigida al profesor Bennett con su correspondencia privada.

«Menos mal que somos buenos amigos y no se enfadará», pensó, mientras volvía la cuartilla al sobre.

Momentos después, se hallaba en recepción.

—Esta carta no era para mí —manifestó—. Lo que pasa es que la he abierto maquinalmente y sólo cuando la he leído he advertido que estaba dirigida al profesor Bennett.

—Oh, señor Fuller, cuánto lo sentimos —exclamó el encargado de la recepción—. Ha sido un terrible error, que lamentamos infinito...

—No se preocupe amigo —dijo Fuller con acento bonachón.—. Cualquiera se equivoca en este mundo, pero, por fortuna, da la casualidad de que el profesor Bennett y yo somos muy buenos amigos. Por cierto, no sabía que tuviese la intención de venir a Viena.

—Reservó la habitación para hoy, aunque ignoro los motivos de su retraso. Claro que el día no ha concluido aún...

—Sí, todavía puede llegar. Entonces, nos tomaremos una copa para

celebrarlo. Por favor, déjeme un sobre y una cuartilla; le pondré una nota explicándole lo sucedido. Lo hago por si él llega y yo no estuviese en el hotel, pero, por favor, no dejen de avisarme de su llegada.

—Descuide, señor Fuller.

Momentos después, Fuller dejaba dos sobres en el mostrador, ambos dirigidos a su amigo. Uno de ellos contenía el sobre que él había abierto involuntariamente, junto con la carta escrita por Augusta von Kammel.

—El nombre es bonito —dijo Fuller, mientras regresaba a su habitación—. Pero, seguramente, será una vieja dama, algo chiflada, reumática, con voz cascada...

De pronto, notó un leve escozor en las yemas de los dedos. Sin darle la menor importancia, se encaminó al cuarto de baño para lavarse las manos.

De repente, algo golpeó su cerebro con tremenda fuerza. Fue una especie de estallido luminoso, de vivísimo resplandor. Durante una fracción de segundo, creyó hallarse en el centro de una explosión nuclear, de la que, sin embargo, no percibía el menor sonido. Luego vinieron la noche y el silencio.

* * *

Apoyado en un bastón, cojeando levemente, Richard Bennett avanzó a lo largo del pasillo del hospital, en compañía del médico que atendía a Henry Fuller.

—No comprendemos en absoluto lo que le sucede, profesor —dijo el doctor Bautmer—. Los empleados del hotel encontraron a su amigo tendido en el suelo, sin conocimiento, pero también sin sufrir ninguna lesión aparente. Hace ya una semana que lo hemos internado en el hospital y todos nuestros esfuerzos por volverle a la normalidad han resultado absolutamente inútiles. Está vivo, pero es incapaz de hacer el menor movimiento. Es como un leño que respira, con un corazón que late, y al que es preciso alimentar artificialmente. De otro modo, moriría por inanición.

Bennett asintió en silencio. El galeno continuó:

—Todos los exámenes y análisis efectuados han dado resultado negativo. Francamente, nos sentimos desconcertados... Ah, ya hemos llegado.

El doctor Bautmer abrió una puerta. Bennett franqueó el umbral.

Durante unos segundos, contempló en silencio al hombre sentado en un sillón de ruedas, junto a la ventana. Bennett casi se sintió aterrado al ver el aspecto que ofrecía su amigo.

—Henry —llamó.

Fuller no contestó. Ni siquiera dio señales de haberle escuchado.

—Ya lo ve —dijo Bautmer—. Todos los esfuerzos han resultado inútiles. Sinceramente, no sabemos qué hacer... aunque, de modo privado, debo decirle que la dirección del hospital se sentiría muy satisfecha si hiciese que el señor Fuller fuese trasladado a Inglaterra. Allí, indudablemente, podrían atenderlo mucho mejor que nosotros...

Eran unas palabras halagadoras, comprendió Bennett. Lo que querían en el hospital era quitarse aquel estorbo de encima. Pero, en el fondo, no dejaban de tener razón.

—Me ocuparé de eso, doctor —manifestó—. Hoy mismo hablaré con su familia en Londres. Luego me pondré en contacto con el consulado británico y les haremos saber la decisión adoptada. Por supuesto, todos los gastos les serán abonados puntualmente. El señor Fuller es hombre de buena posición económica, dígaselo así al director del hospital.

—Muchas gracias, profesor.

Todavía hizo Bennett un par de intentos más para sacar a Fuller de su marasmo, pero todo resultó inútil. Al fin, optó por abandonar el hospital y tomar el camino del hotel.

—Lamento mi retraso —dijo al encargado de recepción—. Me torcí un tobillo y el médico me ordenó reposo absoluto durante una semana. Todavía me dura, pero ya puedo moverme, aunque sin excesos.

—No se preocupe, profesor —sonrió el recepcionista—. En esta época del año, no hay problemas con las habitaciones. Lo único lamentable es lo que le sucede a su amigo.

—Sí, es terrible —convino Bennett.

—Ah, hay dos cartas para usted, profesor. Una de ellas es del propio señor Fuller. La dejó por si no se veían inmediatamente. Resulta que el encargado del correo se confundió y puso una carta para usted en la correspondencia del señor Fuller, quien la abrió maquinal-mente... Lo sentimos tantísimo, créame.

—No tiene importancia.

Bennett abrió primero la carta de su amigo y leyó la breve nota que Fuller había escrito para disculparse. Luego rasgó el sobre que contenía la carta abierta.

De repente, un fétido olor brotó del sobre. Bennett arrugó la nariz. El recepcionista se quedó atónito.

El sobre tenía el membrete del hotel y debía haber contenido la carta que Fuller había abierto involuntariamente. Pero lo único que había en el interior del sobre era un poco de polvillo, negro, hediondo, absolutamente repulsivo.

* * *

Bennett se sentía profundamente preocupado por lo sucedido.

La declaración del recepcionista, y no había motivos para dudar de ello, había sido categórica: él mismo había visto meter la carta, sobre incluido, en el sobre con el membrete del hotel.

Fuller había sido siempre un amigo jovial, un tanto amigo de las bromas, pero jamás se había propasado, al menos, de una forma hiriente. Por tanto, resultaba inconcebible que hubiera querido, gastarle una jugarreta.

Empezó a pensar. Fuller había leído su carta, devolviéndola a recepción pocos minutos después. A continuación, había subido a su cuarto. Horas más

tarde, un hombre de negocios vienés, con quien estaba citado para cenar, impaciente por su tardanza, había ordenado que le avisaran de su presencia en el vestíbulo.

Primeramente habían sido las llamadas por teléfono a la habitación. Como se sabía de forma positiva que Fuller estaba en el hotel, el gerente había enviado a un emperador a la suite que ocupaba Fuller.

El resto era cosa sabida. Había sucedido una semana antes..., pero la carta misteriosa, que el recepcionista había visto también, aunque no conocía su contenido, estaba convertida en un repugnante polvillo negro, con el que no se podría llenar ni una cucharita de café.

Con un vaso alto en una mano y un cigarrillo en la otra, Bennett empezó a pasearse por la habitación, pero el tobillo le recordó bien pronto que no debía fatigarlo demasiado y se sentó.

Fuller estaba vivo, pero convertido en un vegetal. ¿Qué le había sucedido?

La carta convertida en polvo negro le intrigaba sobremanera. De repente, se le ocurrió una idea.

Levantó el teléfono. Tendría que hablar con un buen amigo, residente en Londres. Su amigo, médico, tenía a su vez extensos conocimientos entre la clase médica vienesa.

Especialmente, psiquíatras.

* * *

El doctor Launsdorf pareció sorprenderse de la insólita petición que le formulaba su visitante y al cual había atendido, merced a la amistad que le unía con un reputado psiquiatra británico.

—Bien, dados los antecedentes del paciente, podría intentarse, creo yo... Por supuesto, necesitaría la autorización del director del hospital.

—No creo que haya inconveniente —dijo Bennet—. Pero mi amigo Fuller está en una situación muy crítica. Si pudiéramos conocer la causa de su dolencia, por el método que usted domina tan bien, nos sería mucho más factible encontrar la forma de sanarle.

Launsdorf, de unos cincuenta años, con barbita en punta, entrecana, un tanto grueso ya, sonrió comprensivamente.

—No garantizo el resultado del experimento, pero vamos a intentarlo —accedió finalmente.

Aquella misma tarde, Bennett y Launsdorf acudieron al hospital. El director había dado ya su aquiescencia. También él se daba cuenta de que, en apariencia, era la única solución para un caso que todos reputaban de incomprensible.

Cuando llegaban a la habitación del enfermo, el doctor Bautmer se unió a la comitiva.

—Al fin hemos conseguido analizar la composición de ese extraño polvillo negro —informó—. Hay sustancias que nos son enteramente desconocidas,

pero, en cambio, hemos hallado otra perfectamente identificable.

Bautmer mencionó el nombre de la sustancia. Launsdorf y el director se sintieron enormemente sorprendidos, lo mismo que Bennett.

Minutos después, entraban en la habitación del enfermo. Bennett cerró los ojos un instante. Fuller continuaba en idéntica situación, pero su rostro aparecía más demacrado. Era evidente que, si no se le hacía reaccionar, moriría, pese a la alimentación artificial.

Durante unos minutos, el doctor Launsdorf procedió al examen personal del paciente. Tomó pulso, temperatura, presión arterial, estudió los ojos, fosas nasales y garganta y, al fin, meneó la cabeza.

—Absolutamente normal, pero tan inteligente como un tronco -dijo—. Señores, por favor, les ruego silencio absoluto. No garantizo el éxito de mí intervención, ténganlo en cuenta por anticipado. Pero quizá consigamos algo...

Launsdorf se calló de pronto. Bennett comprendió que incluso el reputado psiquiatra, uno de los más afamados de Viena, dudaba incluso de sí mismo.

Launsdorf se concentró unos momentos. Luego, situándose frente al paciente, hizo oscilar ante sus ojos un péndulo esférico, con decenas de facetas brillantes, que emitían diminutos chispazos al reflejar la luz del techo.

Al cabo de un par de minutos, Bennet, esperanzado, creyó ver una luz distinta en los ojos de su amigo. Entonces, Launsdorf pasó una mano por delante de la cara del paciente.

—Señor Fuller, ¿me oye usted?

La voz del enfermo parecía llegar desde un lugar situado en las profundidades de la Tierra. Al oírla, Bennett sufrió un fortísimo escalofrío.

—Sí —dijo Fuller con toda claridad.

—Dígame su nombre.

—Henry Fuller.

—¿Siente algún dolor?

—No.

—¿Qué le ha llevado a esta situación, señor Fuller?

—No lo sé.

—¿Tal vez una carta destinada a su amigo el profesor Bennett?

—No lo sé.

—Pero usted recibió esa carta y la abrió por equivocación.

—Sí.

—Está bien. Le ordeno recitar el contenido íntegro de la carta, señor Fuller.

Bennett contenía el aliento, lo mismo que todos los presentes en la estancia. Por un instante, creyó que su amigo iba a continuar en aquella mudez, pero, de pronto, Fuller empezó a hablar:

—Si el profesor... Richard Bennett desea adquirir datos auténticos sobre la vida de Franz Peter, barón Von Altwihr...

Un oscuro instinto había hecho que Bennett fuese preparado para la sesión

de hipnosis. En sus aún no lejanos tiempos de estudiante, había aprendido taquigrafía, al objeto de tomar apuntes con la mayor fidelidad posible, y ahora aquella habilidad le servía para registrar minuciosamente todas las palabras de la carta, fielmente grabadas en el subconsciente de Fuller.

De súbito, cuando apenas había terminado de pronunciar el nombre de la autora de la carta, Fuller emitió un horrible grito.

Bennett se quedó paralizado, con el lápiz en una mano y la libreta en la otra. Fuller aullaba como una bestia salvaje, con alaridos que parecían provenir de otro mundo.

Inesperadamente se contorsionó.. Todo su cuerpo parecía agitado como si le hubiesen conectado decenas de cables conductores. Apenas un par de segundos después, se oyó un ruido horripilante.

Los músculos se tensaban, en titánicas convulsiones, y rompían los huesos. El cuerpo de Fuller se arqueó brutalmente, ya caído en el suelo, apoyado sólo en la nuca y los talones.

Los médicos, reaccionando, se precipitaron a socorrerle, pero todo era ya inútil. Las fuerzas de los cuatro hombres no fueron suficientes para contener la gradual curvatura del espinazo de Fuller. Ahora, el cuerpo parecía casi a punto de cerrar el círculo.

Bruscamente, se oyó un chasquido más fuerte que los demás. Fuller se agitó en la última convulsión. Luego, desmadejado, convertido en un montón de carne fláccida y sin vida, quedó en el suelo, sumido en la definitiva inmovilidad.

CAPITULO II

Bennett había sacado una copia en limpio de la carta, según la había dictado su amigo Fuller, bajo la hipnosis en que lo había sumido el doctor Launsdorf. Mientras hacía un pequeño alto, en un parador del camino, volvió a leer la carta por enésima vez.

Ciertamente, era profesor de Historia y se había interesado por algunos personajes de leyenda, sobre los que había publicado interesantes biografías. Pero en su vida había oído hablar del Atormentador.

Mucho menos conocía a Augusta von Kammel. ¿Quién era aquella mujer? ¿Por qué tenía interés en que conociera detalles sobre la vida del Atormentador?

Había algo que le preocupaba enormemente. La carta estaba destinada para él. Si aquella providencial torcedura de tobillo no lo hubiera impedido, ahora estaría bajo seis palmos de tierra, en lugar de su amigo Fuller.

—O no, porque la confusión se produjo antes de que yo hubiese llegado, caso de no haber sufrido el accidente —se dijo.

Fuller había sido siempre un hombre con muchos negocios. A todas partes donde iba le seguía una copiosa correspondencia. Cualquier empleado de cualquier hotel, aunque no era corriente, podía confundirse.

Pero el hecho irrefutable era que Fuller estaba muerto.

El había presenciado su muerte, lo más horrible que hubiera imaginado ver jamás. La autopsia demostró que las convulsiones tetánicas habían provocado la fractura de gran número de huesos. El cuerpo de Fuller estaba después de su muerte como si hubiera sido arrojado desde la terraza de un rascacielos de cuarenta pisos.

Después de mediodía reanudó su camino.

Había vuelto a Inglaterra para acompañar los restos mortales de su amigo y asistir a las exequias. Una vez cumplido aquel último deber, regresó nuevamente a Austria.

En Viena alquiló un coche. Eligió un «Volkswagen»; era discreto, seguro y de poco consumo. Por la carretera 107 descendió hacia el sur. Después de Graz, tomó la 104, hacía el este. En Eltendorf, a menos de veinte kilómetros de la frontera húngara, viró hacia el norte. Diez kilómetros más adelante, se metió por un camino secundario, el que, según los mapas, conducía a Pilsbud.

El camino se dirigía hacia el nordeste. Seis kilómetros más adelante, Bennett subió un pequeño puerto y emprendió luego el descenso hacia un valle alargado, angosto, parte del cual parecía oculto por una tenue neblina azulada. Pilsbud estaba ya a dos kilómetros tan sólo y en la penumbra del atardecer las luces recién encendidas eran de muy escasa potencia.

Al otro lado del pueblo, emergiendo de la neblina, se divisaba un cerro áspero, de forma alargada, sobre el que se divisaba confusamente la mole de una construcción.

De pronto, uno de los últimos rayos del sol poniente dio de lleno en el cerro y éste tomó un siniestro color rojo. Entonces, Bennett comprendió el nombre de aquel accidente orográfico: Roteberg, Monte Rojo. El castillo, o lo que fuese aquel edificio que se divisaba en su cima, pareció igualmente arder durante unos segundos.

Luego, con gran rapidez, castillo y montaña volvieron a sus primitivos colores, oscuros, tétricos, casi siniestros en la creciente penumbra del atardecer. Muy pronto, la niebla se espesó y Roteberg desapareció de la vista del viajero.

Cinco minutos más tarde, Bennett detenía su coche ante un edificio de tres plantas, muy bien conservado, con tejado inclinado y vigas vistas. Un largo soporte de hierro sostenía la muestra de hierro, en la que se había pintado una opulenta mujer desnuda, de largos cabellos, y en la que predominaba el color azul.

«Una walkyria azul... Absurdo», pensó Bennet. Pero los dueños de posadas y tabernas solían tener muy poca lógica a la hora de poner el nombre a sus establecimientos.

Después de apearse del coche, abrió la puerta de la posada. Un agradable olor a carne guisada hirió su pituitaria y le hizo sentir un ligero cosquilleo en el estómago.

El vestíbulo de la posada tenía tres puertas, una de las cuales daba a una habitación situada al otro lado del mostrador. Otra, indudablemente, conducía al comedor y la tercera, con batientes de vaivén, daba a lo que era taberna y en la que, en aquellos momentos, había media docena de clientes.

De pronto, una hermosa joven apareció ante sus ojos.

—¿Señor?

Bennett sonrió.

—Deseo tomar una habitación —manifestó—. Es decir, si es posible, señorita...

—Sí, tenemos habitaciones libres. ¿Quiere firmar, caballero?

Bennett escribió su nombre. Entonces, ella dijo:

—Me llamo Ursula Farbahl, señor Bennett. Encantada de conocerle.

—Es un placer, *fraulein* Farbahl —sonrió el viajero.

Ursula vestía con cierto aire folklórico, de lo que se alegró Bennett, porque la blusa bordada tenía un amplio escote, lo cual le permitía ver un panorama con muchos atractivos. Ursula era una joven muy agradable, llenita, de mejillas como manzanas... Quizá, con el tiempo, acabase poniéndose gorda, pero ahora, no cabía la menor duda, aparecía fresca y apetecible.

—Ah —agregó—. ¿Puede decirme si está el señor Vallöss?

Ursula dejó de sonreír en el acto.

—El señor Vallöss —repitió.

—Sí, el mismo.

—Lo lamento muchísimo, señor Bennett. Herr Vallöss falleció la semana pasada.

Bennett se quedó con la boca abierta. Ursula se alarmó un tanto.

—¿Acaso le conocía? ¿Era amigo suyo? —preguntó.

—No, no le conocía, pero me recomendaron a él...

De pronto, Bennett se fijó en un cuadro que había tras el mostrador. La fotografía representaba a un hombre algo maduro, con cuello de toro y grandes mostachos, pero aún joven.

—¿Era ése el señor Vallöss? —preguntó.

—Sí. Su viuda se olvidó de llevarse la fotografía... Estaba muy trastornada, compréndalo.

—Si esa fotografía tiene sólo unos pocos años, Vallöss no podía ser muy viejo.

—¡Oh, no! Claro que no; aún no había cumplido los cincuenta y no tenía el menor achaque. Ganaba a casi todos en comer y en beber y... —Ursula soltó una risita maliciosa—. Bien, no es preciso añadir nada sobre ese particular.

—Sí, se comprende —sonrió Bennett—. Pero los hombres como Vallöss mueren muchas veces de un ataque al corazón.

—En este caso, no sucedió así. El señor Vallöss cayó por un profundo barranco. El médico de Pilsbud dijo que la caída había provocado la fractura de la columna vertebral y qué sé yo cuántos huesos...

Bennett se puso rígido. Aquella clase de muerte, ¿no se parecía extraordinariamente a la que había sufrido su amigo Fuller?

—Señorita Farbahl...

—Por favor, llámeme Ursula —sonrió la joven.

—Bien, Ursula, antes ha dicho que la viuda Vallöss se dejó aquí la fotografía de su marido. Eso significa que no está en la posada.

—La hemos tomado en arriendo mi madre y yo. Ilse Vallöss no quiere continuar el negocio. Posiblemente, con el tiempo, lo compraremos nosotras.

—Ya entiendo. ¿Vive en Pilsbud la señora Vallöss?

—No. Se ha ido una temporada con unos parientes que tiene en Hungría. Ignoramos cuándo regresará...

—Está bien —dijo Bennett, un tanto desalentado—. Me interesaba muchísimo hablar con Vallöss, pero ¿qué se le va a hacer? ¿Puede indicarme la habitación, Ursula?

—Con mucho gusto, señor Bennett.

La joven tomó una llave y se dirigió a una escalera que conducía al primer piso. Al llegar al corredor, dijo con aire intrascendente:

– Esta es la puerta de las habitaciones de los Vallöss. Mi madre y yo pensamos que tal vez convenga hacer más cuartos para los huéspedes. Pronto llegará el verano y la gente viene con frecuencia.

—Sí, me lo imagino. El paisaje es muy hermoso. Ursula abrió una puerta. Bennett vio que la habitación, amueblada en estilo antiguo, era muy confortable, con cálidas y vistosas pieles ante la chimenea.

—Tenemos un ayudante. El se ocupará de su equipaje y de llevar el coche al garaje. También le encenderá la chimenea, si tiene frío.

—Tengo más apetito —sonrió Bennett—. Me pareció oler muy bien a carne guisada cuando entré en la posada.

Ursula hizo un gesto de complacencia.

—La comida es sencilla, pero no le defraudará —aseguró.

* * *

A las diez de la noche, se agradecían unos troncos encendidos en la chimenea. También resultaba confortador tener en la mano una copita llena del excelente aguardiente de cerezas procedente de la botella que Ursula había dejado sobre la cómoda del dormitorio.

Bennett tenía la luz apagada, ya que quería reflexionar. Por prudencia, no había hablado a Ursula sobre Augusta von Kammel, pero sabía que, tarde o temprano, tendría que preguntárselo. Tampoco había mencionado nada sobre el Atormentador; sin duda debía de tener una leyenda muy singular, pero era aún prematuro hablar sobre el particular. Momentáneamente, le convenía la discreción, sobre todo, si pensaba en el plan que se había trazado antes de la cena, a causa de una frase que había pronunciado la atractiva Ursula.

El pueblo estaba sumido en completo silencio. Sentado en la butaca, Bennett podía contemplar el valle bajo la plateada luz de la luna en la mitad del creciente. A lo lejos, recortándose en negra silueta, se divisaban Roteberg y su lúgubre castillo.

Estaba un poco cansado y dio unas cabezadas en la butaca que era muy cómoda. De pronto, se despabiló y consultó su reloj.

La media noche había quedado ya atrás. Bennett fue al baño y se echó un poco de agua a los ojos. Necesitaba estar completamente despejado para lo que pretendía hacer. Momentos después, se asomaba al pasillo. Una lámpara proporcionaba la luz suficiente para moverse sin tropezones inoportunos. Con gran cautela, descendió al vestíbulo y buscó en el casillero.

Había una llave un tanto diferente de las demás y que no tenía la chapita indicadora del número de la habitación. Bennett presintió que era la que buscaba.

Volvió al piso superior. Sí, era la llave de las habitaciones de los Vallöss.

Una vez al otro lado, cerró cuidadosamente y encendió las luces. Había una sala, agradablemente decorada, un espacioso dormitorio, con dosel y cortinas corridas, y un cuarto de baño, además de otra alcoba de menores dimensiones, evidentemente destinada a parientes o huéspedes amigos de los dueños. Bennett concentró su atención en un escritorio de persiana.

Tanteó la cerradura de la persiana, pero no estaba cerrada con llave, por lo que pudo abrirla sin dificultad. Había una carpeta, varios papeles, cartas sin interés, facturas...

En el cajón de la derecha encontró algo que llamó su atención extraordinariamente.

Era un libro, de tamaño corriente, con tapas rojas, que parecían despedir

una extraña fosforescencia. El título, en hermosas letras góticas de oro, resultaba harto significativo, aunque un poco largo:

Historia y relación circunstanciada de los horribles
crímenes cometidos por el inicuo Franz Peter,
barón Von Altwihr, aliado y servidor de
Lucifer

Bennett ya no lo dudó más. Había ido a buscar algún posible mensaje del difunto Vallöss, pero con el libro tenía más que suficiente.

El instinto profesional le hizo examinar las primeras páginas. Una cosa llamó su atención de inmediato: no había nombre del autor, ni siquiera la indicación de que se trataba de un anónimo. Tampoco pudo encontrar pie de imprenta. El libro parecía haber sido impreso, a juzgar por el papel y los tipos de imprenta, en el siglo pasado, pero, por lo demás, no ofrecía el menor rastro acerca de su autor.

Tenía unas trescientas páginas. Bennett sonrió satisfecho; ya disponía de lectura suficiente para el resto de la noche.

En completo silencio volvió a salir. Devolvió la llave, regresó a su habitación y encendió la luz. Corrió las cortinas, puso un par de troncos en el hogar, llenó una copita de aguardiente y se preparó una mesita para dejar al lado el tabaco y el encendedor, hecho lo cual se arrellanó en la butaca y comenzó la lectura del libro. Era un tema fascinante. A medida que se adentraba en las páginas del libro, Bennett pensaba que se encontraba ante la historia de un hombre verdaderamente sádico, un hombre de una crueldad refinada, capaz de cometer los más abyectos crímenes, sólo por disfrutar del horror de sus víctimas.

Un detalle chocó a Bennett notablemente: gran parte de las víctimas del barón habían sido mujeres jóvenes y hermosas, no importaba su estado: doncellas, casadas o viudas, todas resultaron aptas para sus sangrientos fines. El libro describía con crudo realismo horrendas escenas de violación, seguidas de refinados tormentos, que concluían inexorablemente con la muerte de la desgraciada que había tenido el infortunio de caer en las garras del barón diabólico.

El tiempo se le pasó volando, sumido en la lectura del libro. Al final, se describía la atroz muerte del barón, sumido en las llamas del infierno, en medio de un repugnante olor a azufre. Una de sus víctimas, sin embargo, había conseguido salvarse, precisamente la que había precipitado al infernal sujeto en el pozo que se había abierto a sus pies, de forma prodigiosa. Era una doncella muy hermosa, a juzgar por la descripción, en la que también figuraba el procedimiento empleado para librar a la comarca de aquel horrible señor feudal.

El libro terminaba con una especie de consejo: si el barón había dejado descendientes, éstos no debían habitar jamás el castillo de Roteberg, porque

las almas de sus víctimas vendrían a tomar cumplida venganza en los herederos de sangre del aliado y servidor del diablo. La nota le pareció a Bennett un tanto melodramática, aunque acorde con el contenido de la historia.

De repente, se dio cuenta de que casi clareaba. Era hora de dormir un poco, se dijo.

CAPITULO III

Una voz amable le despertó:

—Señor... Le traigo el desayuno...

Bennett abrió los ojos torpemente. Ursula, con una bandeja en las manos, estaba frente a él, sonriendo maliciosamente.

—En vista de que el señor tardaba en bajar a desayunar, me he permitido traerle el desayuno. Sin duda se sentía fatigado del viaje...

—Sí, un poco —mintió Bennett—. Déjalo ahí, Ursula, y muchas gracias.

—Creo que le convendría tomar primero un poco de café —sugirió la joven, a la vez que colocaba la bandeja con patas sobre la cama.

Ursula se inclinó, muy cerca de Bennett. El huésped parpadeó al ver aquel hermoso escote tan cerca de sus ojos. Sin abandonar la postura, Ursula vertió un poco de café en la taza.

—¿Azúcar?

—Un par de terrones, gracias.

Bennett vio claro: ella quería hacer una ostentación de un pecho sumamente atractivo. Dada la postura, había muy poco que quedase fuera de su vista. Trataba de seducirle y lo hacía con toda premeditación.

Al cabo de unos segundos, Ursula se irguió.

—Llame si necesita algo, señor —sonrió.

Bennett asintió.

—Muchas gracias, Ursula.

Ella se marchó taconeando hacia la puerta. Bennett observó que si bien la blusa era de tipo folklórico, la falda, en cambio, resultaba muy moderna. No era excesivamente larga, apenas quedaba a cinco centímetros de las rodillas, pero sí parecía adherida con cola a unas rotundas caderas que se movían con buscada exageración.

De pronto, Bennett recordó algo.

—¡Ursula! —llamó.

—Sí, señor —dijo ella, volviéndose precipitadamente.

—Por favor, quiero hacerle una pregunta... ¿Conoce usted a Augusta von Kammel?

—Oh —exclamó la joven, un tanto decepcionada-- No, no la conozco personalmente, pero sé que está en Roteberg, ¿El señor es amigo de la señorita Von Kammel?

—Tampoco la conozco, Ursula —sonrió Bennett—. Era simple curiosidad. Otra pregunta, por favor.

—Todo lo que usted quiera... Oh, se le ha caído un poco de café... Permítame que lo limpie...

Otra vez volvió a inclinarse Ursula. «¡Caramba! ¿Es que no hay hombres en Pilsbud?», pensó Bennett.

—Diga, señor —pidió ella, irguiéndose de nuevo, con una incitante sonrisa

en sus labios.

—Quiero hablar con el médico del pueblo... ¿Cómo dijo que se llama, Ursula?

—Doctor Wittburg, señor. Vive en una casita aislada, con jardín, al final de la calle principal. Ya verá el rótulo en la verja.

—Gracias, Ursula.

La joven dobló ligeramente las rodillas.

—Llame si necesita algo. Acudiré de inmediato —se despidió.

—Esa chica es un volcán —rezongó Bennett al quedarse solo.

* * *

Junto a la verja, una puerta de hierro con dos hojas, había una anilla unida a una cadenita. Bennett tiró de la anilla. A los pocos instantes, una mujer apareció en la puerta de la casa de dos pisos que era la vivienda del médico. Ella tocó un timbre y la verja se abrió automáticamente. El aspecto clásico del edificio no estaba reñido con la modernidad de los procedimientos.

Bennett avanzó a lo largo del sendero. Cuando llegó a la entrada de la casa, vio que se hallaba ante una mujer de extraordinaria hermosura, de unos treinta años, pelo negro, largo y suelto y tez muy blanca. Los ojos eran grandes, rasgados, con pupilas negras y tenían un brillo especial, a pesar de que Bennett creyó ver en el hermoso rostro de la mujer un cierto aspecto enfermizo.

Cortésmente, se quitó el sombrero con plumita:

—Me llamo Bennett, señora —se presentó—. Desearía hablar con el doctor Wittburg.

—Yo soy su esposa, señor Bennett —declaró la joven—. Mi marido no se encuentra en casa en estos momentos. Sin embargo, no creo que tarde mucho en regresar. ¿Quiere esperarle en la sala?

—No desearía causar molestias, señora Wittburg.

—Por favor —rogó ella dulcemente.

Bennett entró en la casa. La mujer le condujo a una salita, agradablemente decorada.

—Tenga la bondad de sentarse —indicó.

—Mil gracias, señora.

Bennett se quedó solo. Encendió un cigarrillo. Fumó pensativamente durante unos minutos, mientras trataba de rememorar las páginas del extraño libro hallado en el escritorio del difunto Vallöss. ¿Cómo había obtenido aquel libro un simple posadero, hombre de no demasiada cultura?

De pronto, oyó ruido de un coche que se detenía. Momentos después, percibió voces en el vestíbulo.

—Tienes una visita, querido —dijo la señora Wittburg.

—Todavía no es hora de ver a los enfermos, Birgit —contestó el recién llegado.

—No parece que el señor Bennett tenga que consultarte sobre alguna dolencia, aunque tampoco sé a qué ha venido...

—Está bien, ahora mismo iré a verle. ¿Cómo te encuentras, querida?

—Igual, Paul.

—Muy bien, sube a tu habitación. Te veré en seguida.

La puerta de la sala se abrió. Bennett se puso en pie, sintiéndose enormemente asombrado al ver al doctor Wittburg. Había esperado a un hombre corriente, pero no al que tenía frente a sí, de casi dos metros de estatura, delgado, pero robusto y de rostro aquilino, en el que brillaban dos pupilas de mirada penetrante. Las cejas eran levemente picudas y cuadraban muy bien con el bigote, de pequeñas guías, que adornaba su labio superior. El pelo, muy negro y liso y brillante, terminaba en un agudo pico que avanzaba casi hasta la mitad de la frente.

—Señor Bennett —dijo el recién llegado.

—Sí, doctor Wittburg. Le ruego disculpe mi presencia aquí, pero es el caso que en Viena me aconsejaron ver a Georg Vallöss. Anoche, al registrarme en la posada, me dieron la noticia de su fallecimiento.

—Oh, sí, fue un lamentable accidente —confirmó Wittburg—. No sé qué idea le daría de corretear por ahí a media noche. Tal vez tomó unas copas de más, pero el caso es que se despeñó por un barranco y se rompió la cabeza... y algunos huesos más —añadió el médico, con ligera sonrisa.

—Lamentable, doctor. Bien, supongo que tendré que presentarme yo mismo. Confiaba en que Vallöss me presentara a la señorita Von Kammel, pero puesto que ya no está en este mundo, tendré que arreglármelas sin su ayuda.

—Ha dicho la señorita Von Kammel, señor Bennett.

—Sí, doctor.

Wittburg se frotó la mandíbula.

—¿Puedo preguntarle a qué obedecen los motivos de su visita, señor Bennett?

El forastero se atiesó levemente.

—Doctor, no creo...

La mano de Wittburg se alzó rápidamente.

—Le ruego no lo tome a mal. Augusta von Kammel es mi paciente en estos momentos. Ha sufrido una grave depresión nerviosa y no le conviene excitarse con largas conversaciones. Espero que sepa comprender mi postura, señor Bennett.

—Entonces, ¿me prohíbe verla?

—Por favor, no he querido decir tal cosa. Una depresión nerviosa suele ser consecuencia, muchas veces, de una dolencia física. Pero eso no significa que no pueda recibir visitas, siempre que no se prolonguen excesivamente y el tema no sea de la importancia suficiente como para alterar su estado psíquico.

—Le aseguro que mi visita no dañará en modo alguno a su paciente. Soy profesor de Historia en Londres y me he sentido atraído por la leyenda del

Atormentador. Tengo entendido que en la biblioteca de Roteberg hay importante documentación sobre el particular. Simplemente, quiero pedirle permiso a la señorita Von Kammel para investigar sobre el tema.

—Ah, el barón Von Altwihr —sonrió Wittburg—. Un personaje muy curioso. Aliado y servidor del diablo, según la leyenda.

—Eso dicen, doctor.

—La fantasía popular propende siempre a la exageración de hechos que, no obstante, pueden tener una base real. Personalmente, opino que el barón no era mejor ni peor que otros señores feudales de la época. Cometió, indudablemente, algunos crímenes, que el paso de los años ha multiplicado y magnificado con detalles de mal gusto. No conviene hacer demasiado caso de las leyendas, aunque, ciertamente, puedan servirle para sus investigaciones históricas.

—Eso opino yo —dijo Bennett—. Bien, no quiero molestare más, doctor. Muchas gracias por su amabilidad.

—Ha sido un placer, señor Bennett.

Wittburg acompañó al forastero hasta la puerta y le despidió con una cortés inclinación de cabeza. Bennett se preguntó si debía visitar ya a la dueña del castillo.

Al abandonar el jardín, miró a lo lejos. Roteberg destacaba claramente contra el horizonte. En lado occidental del cerro estaba formado por rocas en las que abunda el óxido de hierro, que le conferían una tonalidad rojiza, incluso en pleno día. Al atardecer, como había visto la víspera, el color se acentuaba extraordinariamente.

Un simple fenómeno natural, pensó, que la fantasía popular había derivado por otros caminos.

Consultó el reloj. Ya habían dado las doce. Tenía tiempo sobrado de ir a Roteberg.

* * *

El castillo estaba a unos cinco kilómetros de Pilsbud y el camino no se hallaba en buenas condiciones. Desde la aldea, el valle parecía llano, pero, en realidad, abundaban los barrancos y lomas de ásperas pendientes, que forzaban a un trazado muy irregular del camino. En ocasiones, y pese a moverse por el punto más bajo del valle, era imposible ver lo que había a más de cien metros de distancia.

De repente, al salir de una curva, vio parado un coche a poca distancia. Una mujer, al pie, hizo señas con la mano.

Bennett frenó. Ella corrió hacia la ventanilla.

—¿Puede llevarme a Roteberg? —solicitó ansiosa—. He tenido una avería y el coche se ha negado en redondo a moverse un palmo...

—Por supuesto —sonrió Bennett—. Yo me dirijo al castillo.

—Muchas gracias. Voy a buscar mi *nécessaire*... Haré que alguien venga

luego a buscar el equipaje...

Era una mujer joven, de unos veintisiete años, muy rubia y de formas ampulosas. Al sentarse junto a Bennett, la falda se subió considerablemente y dejó al descubierto unas piernas que daban la sensación de ser muy musculosas.

—Me llamo Andrea Krawopf —dijo la rubia.

—Richard Bennett —contestó el joven, en perfecto alemán.

—Ah, extranjero...

—Británico, señorita Krawopf.

—Interesante —comentó Andrea, a la vez que se reclinaba en el asiento—. Yo voy a Roteberg, porque me han hablado de un empleo bien pagado. Hay una mujer enferma... Yo soy masajista y profesora de gimnasia.

—Oh, comprendo.

—Estaré sólo unas semanas. Y usted, ¿piensa permanecer mucho tiempo, señor Bennett?

—Posiblemente, menos que usted, señorita Krawopf.

El coche ascendía ya serpenteando por la cuesta que conducía al castillo. Bennett encontró justificada la robustez de Andrea. Su profesión lo exigía.

Momentos después, se detenía ante una vieja portalada, con arco de medio punto. El antiguo puente levadizo ya no existía. El foso, que en tiempos debía llenarse de agua, estaba ahora seco y cubierto de hierbajos. La puerta, de madera, estaba reforzada con sólidos herrajes y numerosos clavos, con cabeza en forma de estrella de cuatro puntas.

Andrea se apeó del coche, con el maletín en la mano.

-—Deprimente —calificó.

—Sí le pagan bien...

—Por eso he venido —suspiró la gimnasta—. Oiga, ¿cómo se llama a la puerta...?

De repente, se oyó un leve gañido. La puerta empezó a girar lentamente. Andrea emitió un gritito de susto.

—No tema —dijo él—. Seguramente, nos han visto...

Al otro lado de la puerta, había un espacioso patio de armas, con el suelo de grandes losas cuadradas, entre las cuales crecía la hierba. Un hombre de mediana edad, un tanto encorvado hacia el lado derecho, cruzó el patio.

—Bienvenidos —saludó—. Soy Hugo Vorka, mayordomo del castillo.

Andrea tragó saliva y dio su nombre.

—La esperábamos, señorita —dijo Hugo—. ¿El caballero...?

—Me llamo Bennett y deseo entrevistarme con la señorita Von Kamrnel. Mi tarjeta —añadió el joven, a la vez que sacaba una cartulina blanca de su billetera.

—Tengan la bondad de seguirme —murmuró Hugo.

Bennett apreció que el mayordomo era un hombre de mediana edad, rostro impasible y cejas muy espesas. En sus ojos, sin embargo, no había la menor expresión de estolidez.

Entraron en el castillo. El vestíbulo era grande, pero destartalado. Había muy pocos muebles. Una escalera, en la que se advertían algunos peldaños desportillados, conducía al piso superior.

Hugo se detuvo, apenas hubieron cruzado el umbral.

—El señor profesor tendrá la bondad de esperar en la biblioteca, mientras aviso a la señorita Augusta. En cuanto a la señorita Krawopf...

—Dígale que soy la masajista contratada —exclamó Andrea.

—Muy bien, tenga la bondad de seguirme; le enseñaré su habitación.

Hugo echó a andar hacia la escalera. Andrea dudó un momento.

—Ese hombre me da miedo —musitó.

Bennett contuvo una sonrisa.

—Parece buena persona, a pesar de su apariencia —dijo.

Andrea se llenó los pulmones de aire y siguió al mayordomo. Bennett derivó hacia la puerta que le había sido indicada.

La biblioteca era una habitación de una longitud que se le antojó desmesurada. Había numerosos estantes, repletos de volúmenes de todos los tamaños y, en el centro, una gran mesa, en la que se veían un par de libros. Una pesada lámpara colgaba del techo, aunque había tres o cuatro más, todas con pies de hierro forjado. A la izquierda, se veía la chimenea, grande, con repisa de granito. Junto a una de las ventanas, había un gran facistol, de madera sobredorada, con pie de estilo salomónico, donde se entremezclaban las hojas de acanto con las serpientes del diablo.

Sobre el facistol, había abierto un gran libro de salmos, con hojas de pergamino. Bennett se acercó al libro. La letra de los salmos estaba en gótico antiguo, pero no le costó demasiado descifrarlo.

Al leer la primera frase, sobre las notas musicales, se estremeció. Era una blasfema invocación al Maligno, una impía llamada para que acudiera a socorrer a su fiel servidor. En aquel momento, casi creyó percibir el olor a azufre.

De pronto, oyó una voz en la puerta.

—¿Profesor Bennett?

El joven se volvió. Tuvo que apelar a toda su fuerza de voluntad, para no lanzar un grito de asombro al ver a la dueña del castillo.

—Soy Augusta von Kammel —dijo la mujer, a la cual no se podía ver el rostro, porque lo tenía completamente oculto por una ajustada capucha negra, en la que las únicas aberturas eran las correspondientes a los ojos.

CAPITULO IV

Debía de ser una mujer joven, estimó Bennett. Augusta vestía un traje de color gris oscuro, largo hasta los tobillos, aunque muy ajustado a su figura, que se apreciaba muy bien contorneada. Lo único visible, aparte de los ojos, eran las manos, blancas, largas, de uñas pálidas.

Ella habló y Bennett adivinó una triste sonrisa bajo la capucha:

—¿Le extraña mi aspecto, profesor?

Bennett carraspeó.

—Señorita... Le ruego me dispense, pero no esperaba...

—Hace algunos meses sufrí un terrible accidente y mi rostro quedó espantosamente desfigurado —explicó Augusta.

—Lo siento enormemente, señorita. Pero hoy día, la cirugía plástica...

—En mi caso, sería inútil. Perdí la mayor parte de los tejidos del rostro; incluso fue un milagro que no quedase ciega. La reconstrucción de las facciones debería ser hecha a base de injertos, pero ni aún así recobraría mi aspecto habitual.

—Lamento muchísimo lo sucedido. Nunca pude imaginarme...

—Ya me he resignado —declaró Augusta—. Pero, como puede comprender, no me agrada que la gente me vea con una cara que, hablando con franqueza, da miedo.

«Una horrible desgracia», pensó Bennet. Augusta parecía joven; su figura era muy atractiva. Pero ¿qué hombre podía enamorarse de una mujer con un rostro destrozado.

Volvió a carraspear.

—Señorita...

—¿Sí, profesor?

—No quisiera herir su susceptibilidad, pero usted me escribió hace algún tiempo una carta.

—Sí, es cierto.

—Deploro mi tardanza, pero tuve un ligero accidente y me torcí un tobillo. Ya estoy restablecido y dispuesto a investigar, sobre la vida del Atormentador.

—Fue un personaje tan famoso como odiado —dijo Augusta-—. Algunos piensan en él como un vampiro de la época. No olvidemos que estamos relativamente cerca de la frontera con Hungría.

—Los vampiros, según tengo entendido, tenían su campo de acción favorito en los Cárpatos, en Rumania.

—Para los vampiros no había fronteras, profesor. Pero, aunque no se hubiese dedicado al repugnante deporte de succionar la sangre de otros seres humanos, su vida encierra la suficiente dosis de interés como para escribir un libro.

—Haré lo que pueda, señorita.

Bennett decidió callar por el momento la extraña muerte de su amigo Fuller. También se sentía vivamente intrigado por el hecho de que Augusta le hubiese enviado la carta a Viena, incluso antes de que conociese su viaje a la capital de Austria. Pero iba a estar allí bastantes días y confiaba en que con el tiempo acabaría otorgándole la suficiente confianza para aclarar aquellos enigmas.

En aquel momento, apareció una mujer en la puerta.

—Señorita, es la hora de su almuerzo —dijo.

—Sí, Magda. Es mi ama de llaves, profesor —presentó Augusta.

Bennett hizo una leve inclinación de cabeza. El ama de llaves tenía un aspecto casi vulgar. Pasaba ya de los cuarenta años y vestía de una forma un tanto anticuada. El pelo era grisáceo, color de rata.

—Siga aquí cuanto guste, profesor —dijo la joven—. Si desea algo, tire de aquel cordón; Hugo le complacerá en todo lo necesario.

Augusta se marchó. Bennett quedó solo en la biblioteca.

Durante unos segundos, contempló de nuevo el impío libro de salmos. Luego se acercó a la mesa.

Uno de los dos libros era un catálogo de los volúmenes existentes en la biblioteca. Bennett empezó a hojearlo, con el fin de encontrar los libros que le permitiesen escribir la fascinante historia del hombre a quien había sido dado el sobrenombre del Atormentador.

* * *

Dos horas más tarde, se abrió la puerta.

Bennett alzó la cabeza del libro que hojeaba. Andrea avanzó resuelta hacia él.

—Voy a marcharme —anunció la profesora de gimnasia.

—¿Cómo? —dijo Bennett, asombrado, a la vez que se ponía en pie.

—Ya lo ha oído. Aquí no me necesitan para nada.

—No entiendo...

Andrea volvió la cabeza. Una vez se aseguró de que la puerta estaba bien cerrada, se enfrentó de nuevo con el joven.

—Soy masajista, especializada en rehabilitación funcional. Usted ya sabe: hay accidentados que necesitan un largo tiempo para reeducar de nuevo sus músculos.

—Sí, es cierto.

—Aparte de eso, doy también clases de gimnasia. Es una profesión que me gusta.

—Lo encuentro lógico. Nada más agradable que trabajar en lo que a uno le gusta más.

—Bien, eso es lo que yo siempre he pensado. Pero cuando me ofrecieron el contrato, pensé que se trataba de reeducar a una inválida. Aquí no hay ninguna persona en esas condiciones.

—¿Qué me dice de la señorita Von Kammel?

—La he visto. Lo único que tiene es la cara destrozada, pero, por lo demás, su cuerpo se encuentra en magníficas condiciones.

Bennett arqueó las cejas.

—¿Quiere eso decir que usted la ha examinado personalmente? —inquirió.

—Oh, no, en absoluto. Pero tengo la suficiente experiencia para saber si una persona está o no en buenas condiciones físicas. Me basta verla moverse con normalidad: los ademanes de sus brazos, unos cuantos pasos aquí y allá... Esa chica está perfectamente, profesor.

—De cuerpo, tal vez, pero la mente...

—Posiblemente esté algo «tocada», aunque no demasiado. El accidente está demasiado cercano. El tiempo pasará y entonces querrá llevar la cara destapada. Puede que no la vuelva a tener igual, pero, al menos, no necesitará llevar puesta esa horrible capucha.

—Quizá tenga usted razón —sonrió Bennett—. Por su profesión, me imagino, debe de entender bastante de medicina.

—Lo suficiente para darme cuenta de que me han tomado el pelo lindamente. En fin, la lástima es que hasta mañana no tendré el coche reparado.

—Si quiere, puedo llevarla a Pilsbud en el mío.

—No, muchas gracias. Hugo me ha dicho que él en persona se encargará de la reparación. Una noche se pasa de cualquiera manera —concluyó Andrea con franca sonrisa.

—Nada más cierto —convino él.

—Le diré una cosa, profesor: yo soy muy amable, pero no me gusta que nadie se burle de mí. ¡Tengo mi amor propio, ¿comprende?

Bennett asintió. Andrea, ciertamente, era una joven muy simpática, y bastante atractiva, a pesar de su aspecto de mujer robusta, como resultado de su afición por el ejercicio físico. Pechos voluminosos, sólidas caderas, recias piernas y brazos fuertes... Rebosaba salud por todos los poros de su fornida anatomía.

—Me gustaría que también se quedase en el castillo, profesor —dijo Andrea intencionadamente.

—Creo que sería una descortesía, cuando no he sido invitado más que a huronear en los libracos de esta biblioteca —contestó Bennett.

—Eso sí es cierto. —Andrea tendió su mano espontáneamente—. Me alegro de haberle conocido. Mañana le veré en la posada y le daré mi dirección en Graz.

Andrea se marchó, con paso firme y rápido. Un viaje incomprensible, se dijo Bennett, al quedarse solo.

* * *

Al volver a la aldea, pasó por delante de la casa del doctor Wittburg.

Sintióse tentado de detenerse para preguntarle por los motivos de haber contratado a una profesora de gimnasia, pero se dijo que no debía interferir en la labor de un profesional.

Tal vez se había producido un error, pero de lo que no cabía duda era de que Andrea había sido sincera. A ella no la necesitaban para nada en Roteberg.

La señora Wittburg estaba en el jardín, arreglando unos macizos de flores. Bennett observó que tenía un tipo escultural. Vestía blusa y pantalones téjanos y el pelo, muy rubio, estaba delicadamente peinado, en torno al perfecto óvalo de su tez, la cual, ahora, aparecía agradablemente coloreada. Birgit Wittburg le miró y sonrió. Realmente, parecía otra mujer, pensó Bennett, mientras seguía su camino.

Ursula continuó sus insinuaciones durante la cena. Bennett se prometió a sí mismo cerrarse en su habitación con doble vuelta de llave.

Y así lo hizo, al retirarse a dormir. No rechazaba una aventura amorosa, pero las circunstancias ahora eran muy distintas. En modo alguno quería comprometerse con aquella volcánica joven.

En su habitación, se cambió de ropa para estar más cómodo. Con el pijama y la bata, se dispuso a sentarse un rato en el sillón, releyendo el libro que había encontrado en el escritorio del difunto Vallöss. Lo había guardado en uno de los cajones de la cómoda, pero, al ir a buscarlo, se encontró con que el libro había desaparecido.

Perplejo, pensó que había podido dejarlo en otra parte. Al cabo de un rato, llegó a la conclusión de que alguien se lo había llevado.

Sintióse frustrado. En la biblioteca de Roteberg había encontrado un libro muy interesante. Sólo pensando en el otro no se lo había traído consigo y ahora se hallaba en la desagradable situación de no tener nada para entretenerse, hasta la hora de conciliar el sueño.

Lo único que podía hacer era escribir unas notas en su cuaderno. Sentóse ante la mesa y empezó la tarea de inmediato.

El trabajo le absorbió, de tal manera que no se dio cuenta de que el tiempo pasaba rápidamente. De pronto, percibió una extraña sensación.

Había alguien más en el dormitorio. Volvió la cabeza y divisó a Ursula en pie, sonriente, a cuatro pasos de distancia.

En un principio, durante una breve fracción de tiempo, creyó que estaba delante de un fantasma. Ursula vestía un camisón blanco, de tejido muy ligero, debajo del cual, se veía claramente, no había otra prenda de ropa. En sus brazos, oprimido contra el pecho opulento, estaba el libro.

—He venido a devolvérselo, profesor —dijo ella.

Bennett se cuso lentamente en pie.

—Cerré con llave —manifestó.

Ursula rió maliciosamente.

—Este dormitorio comunica con el del difunto Vallöss —explicó—. Vea el panel del rincón, al otro lado de la cómoda. Es una puerta.

—No se me había ocurrido siquiera.

—La posada perteneció en tiempos a un personaje acaudalado. Se supone que le interesaba comunicarse con una habitación distinta de la suya, en determinadas ocasiones. Cosas que pasaban antiguamente, profesor.

—Sí, ya me imagino. ¿Cómo lo supo usted?

—Me lo enseñó la señora Vallöss. Mientras vivió su esposo, lógicamente, no utilizaba la puerta.

—Muy interesante. Ursula, dígame, ¿cómo encontró él libro?

Ursula sonrió maliciosamente.

—Esta mañana arreglé su ropa interior —repuso—. Es un libro muy interesante. No lo he leído por completo... Algunas de las historias que relata ponen los pelos de punta.

—Es cierto, Gracias por traérmelo.

—No tiene importancia, profesor.

Bennett adivinó que Ursula no estaba dispuesta a marcharse tan fácilmente. Bien mirado, no tenía ningún compromiso... ni estaba dispuesto a establecerlo de una forma permanente.

Ursula dejó el libro sobre la repisa de la consola y se acercó a la lámpara de pie, única encendida en aquellos momentos, situada junto al sillón. Tiró de la cadenita del interruptor y la estancia quedó momentáneamente sumida en la oscuridad.

Los ojos del profesor se habituaron bien pronto a la suave penumbra que eran las brasas de la chimenea, en la cual se movían aún algunas llamitas. La luz de la luna entró casi de repente, como procedente de un gigantesco reflector, y dio de lleno en Ursula.

La silueta de la joven se dibujó nítidamente bajo el camisón. Unos segundos, más tarde, la prenda se deslizó en silencio hasta el suelo. El resplandor de la chimenea daba en el lado derecho del rostro de Úrsula. Bennett pudo captar media sonrisa de inequívoco significado.

—¿Tienes miedo? —le desafió.

Bennett dio un paso, dos... De pronto, Ursula saltó sobre él y se colgó de su cuello, a la vez que buscaba sus labios con verdadera voracidad.

CAPITULO V

Estaban tendidos sobre las pieles que había ante la chimenea, en la que de nuevo ardían varios troncos. Bennett se había puesto la bata. Ursula tenía un cigarrillo en los labios.

—¿A qué has venido a Pilsbud? —preguntó.

—Voy a escribir un libro.

—Sobre el Atormentador, me imagino.

—Desde luego.

Bennett se levantó, llenó dos copas y se sentó sobre una piel, junto a Ursula.

—¿Cuál es tu opinión al respecto? —preguntó.

—Cuentos de viejas —respondió ella despectivamente.

—Se dice que el diablo vino a buscarlo...

—Bah, no creas en esas historias. Cuando uno es malo, va derecho al infierno sin necesidad de que el diablo acuda a buscarte.

—Sana filosofía, Ursula.

El cigarrillo de la joven voló hacia el fuego. Ursula tomó la copa que le ofrecían y la vació de un trago. Luego la dejó a un lado.

—¿Has visto a Augusta?

—Sí.

—Aquí nadie la conoce. No ha venido a la aldea ni una sola vez, y eso que lleva ya casi un año.

—Sus motivos tendrá, ¿no te parece?

—Debe de ser una chiflada. Si el castillo fuese mío, lo vendería inmediatamente, por lo que quisieran darme, me iría de aquí y no me verían en el resto de mis días.

—A ella debe de gustarle vivir en Roteberg.

—Sí, hay gustos para todo. Yo sólo conozco a Hugo y a la señora Holteiner, el ama de llaves. No es un conocimiento del que nadie pueda sentirse orgulloso. Apenas dirigen la palabra a la gente... Bueno, creo que eso no debe preocuparnos demasiado, ¿verdad?

—Desde luego. ¿Qué me dices ahora de la esposa del médico?

—Ah, la señora Wittburg. Una bellísima mujer, pero siempre está enferma y con achaques... Parece mentira, a los treinta años...

—Hay personas con la salud delicada desde su nacimiento, Ursula.

—Es posible, aunque la señora Wittburg tiene alternativas muy extrañas. A veces parece que está a punto de morir; otras rebosa de salud, tiene los ojos vivaces, las mejillas encarnadas, la piel sonrosada... Compadezco al doctor, créeme.

—Debe de amarla mucho, supongo.

—No hay dos personas más enamoradas que el doctor y su esposa.

Ursula volvió el rostro hacia el huésped y sonrió.

—¿Qué opinas de mí? —preguntó.

—Me gustaría saber qué diría tu madre si supiera dónde está su hija y cómo está...

Ella rió estridentemente.

—No te preocupes. Todas las noches, al acostarse, toma un vaso de leche caliente. Le he puesto una dosis de sedante..., aunque no hubiera hecho falta; tiene el sueño de un tronco.

—Eres cínica, Ursula.

—Tú me gustaste y decidí que te conseguiría —respondió la joven con todo desparpajo. Se pasó una mano a lo largo del cuerpo—. Y, me parece, tengo atractivos suficientes como para encender la sangre de un hombre.

—Los tienes, Ursula.

De pronto, ella se volcó sobre Bennett.

—Entonces, demuéstramelo —solicitó ardorosamente.

Transcurrió un buen rato. El silencio era absoluto en la estancia, solamente interrumpido en ocasiones por algún leve chasquido de los troncos que ardían en el hogar. De pronto, Bennett oyó un leve gemido.

Acababa de encender un cigarrillo. Ursula, a su lado, tenía la cabeza sobre el brazo izquierdo. Parecía dormida.

El sonido se repitió. A Bennett le pareció la llamada de una persona que se encontrase en grave apuro.

Tal vez eran ilusiones suyas, pensó; pero, de pronto, sintió deseos de comprobar si sufría un error. Se levantó de un salto y, tras ponerse la bata, caminó hacia la ventana.

Abrió. El gemido llegó ahora a sus oídos con toda claridad.

Miró hacia abajo. Una forma humana se movía al pie de la posada. La luz de la luna era suficiente para advertir que se trataba de una mujer completamente desnuda.

Sin embargo, no podía distinguir sus facciones con nitidez. Bennett se dijo que debía hacer algo por aquella desgraciada, cuya presencia ante la posada le resultaba absolutamente incomprensible.

Corrió hacia la chimenea y agitó a la durmiente.

—Ursula, aprisa, despierta... Hay abajo alguien que parece hallarse enfermo... Vamos, vístete, deprisa...

Bennett se puso unos pantalones y metió los pies en unas zapatillas, lanzándose a continuación hacia la puerta. Descendió al vestíbulo, abrió la puerta de la posada y salió fuera.

La mujer parecía hallarse en crítica situación. Bennett se arrodilló y la tomó en brazos. Al entrar en el vestíbulo, iluminado, reconoció a Andrea Krawopf.

El aspecto de la joven profesora le aterró.

Horas antes, Andrea era la viva estampa de la salud, rebosante de energía y vitalidad. Ahora le pareció una muñeca hinchable, que hubiese perdido gran parte del aire contenido en su interior.

Las carnes, que había adivinado firmes y turgentes, estaban ahora fláccidas. El rostro de Andrea aparecía blanco como la nieve, completamente exangüe.

Ursula apareció en aquel momento, vestida solamente con el camisón.

—¡Dios mío! ¿Quién es esta mujer? ¿Qué le ha pasado? —preguntó.

—Termina de vestirte, anda —ordenó Bennett perentoriamente—, Avisa al doctor Wittburg. Dile que hay una mujer gravemente enferma... ¡Vamos, no te estés ahí parada como un poste!

Ursula reaccionó y echó a correr hacia la puerta, pero, de repente, se dio cuenta de su indumentaria y regresó hacia la escalera.

—Así no puedo salir. Estoy descalza y necesito una bata...

Bennett gruñó algo entre dientes, pero comprendió muy bien los motivos de la joven. Sin formular más objeciones, subió con Andrea a su dormitorio y la depositó sobre la cama, cubriéndola inmediatamente con una manta.

Encendió las luces. Una copa de aguardiente sentaría bien a la joven profesora de gimnasia, se dijo. Cuando regresó junto al lecho, vio que Andrea abría los ojos.

Andrea le reconoció.

—Ese... horrible castillo... Me... han sacado... la sangre...

Apenas si se la oía hablar. Bennett acercó la copa a sus labios, pensando que la joven deliraba.

—Vamos, vamos, cálmese. Ahora mismo traerán al médico.

El licor resbaló por el mentón de Andrea. Bennett sintió un escalofrío.

¿Había muerto?

Puso una mano sobre su pecho, que notó helado. Apenas si se percibían unos débiles latidos.

¿Qué le había sucedido a Andrea? ¿De dónde había sacado aquella fantástica historia?

—Andrea —llamó.

No recibió ninguna respuesta. Bennett, horrorizado, se dio cuenta de que Andrea estaba en la agonía.

Dejó la copa a un lado y friccionó sus muñecas, para ver si conseguía que reaccionase. De pronto oyó pasos.

—¿Has avisado al médico, Ursula? —preguntó, sin volver la cabeza.

En el mismo instante, sintió un terrible dolor en la nuca. La habitación pareció convertirse en un estallido de luz, que se rompía en millares de chispas deslumbradoras. Sintió que se le doblaban las rodillas pero ya no se enteró siquiera de que caía al suelo.

* * *

Cuando despertó, el sol estaba muy alto. Abrió los ojos y lo primero que recordó fue la aparición de Ursula, como un fantasma, en el dormitorio.

Sonrió complacidamente. Bien mirado, no le pesaba haber sucumbido.

Ursula era una joven muy apetecible y ardorosa. Se preguntó si sería tan complaciente con otros huéspedes.

Estiró los brazos y se sentó en la cama, bostezando aparatosamente. De súbito, algo estalló en su cerebro.

Miró a su alrededor, terriblemente desconcertado. ¿Qué había sido de Andrea Krawopf?

Se tocó la nuca. Si le habían golpeado, no quedaba ninguna hinchazón ni tampoco sentía el menor dolor. ¿Acaso había sido presa de una pesadilla?

Lo recordaba todo perfectamente. Los gemidos, las horribles palabras de Andrea..., el estado tan espantoso en que había llegado a la posada, completamente desnuda...

Todavía preso de una enorme perplejidad, se levantó. Las piernas le flaquearon ligeramente, pero consiguió recuperarse en el acto. Fue al baño y se lavó un poco. Cuando terminaba oyó ruido en el dormitorio y salió.

Ursula estaba poniendo el desayuno sobre la mesa.

—Buenos días, profesor —saludó.

—Ursula —dijo él.

La joven se irguió.

—¿Sí, profesor?

—Anoche...

Ella se puso un dedo en los labios.

—Psst... Ahora soy su camarera. La intimidad ha desaparecido.

Bennett avanzó hacia Ursula.

—Encontramos a una mujer agonizante en la puerta de la posada. Yo la subí a mi cama. Te envié a buscar al médico...

—¡Profesor! —Ursula parecía escandalizada—. ¿Ha tenido pesadillas? —Volvió la cabeza—. Acaso el aguardiente no le sentó bien, ¿eh?

—Vamos, Ursula, no te hagas la desentendida. Lo que estoy diciendo es rigurosamente cierto.

—Sí, profesor. Encontró a una mujer que se moría, la subió a su cuarto y... ¡ha volado!

Bennett apretó los labios. Ursula se burlaba de él.

«O tal vez no quiere ser más explícita», pensó.

—Muy bien, sí, debió de ser una pesadilla —convino, sonriente—. Gracias por el desayuno, Ursula; la verdad es que tengo un hambre de lobo.

Ella hizo una leve genuflexión.

—Gracias, profesor.

A quedarse solo, Bennett corrió hacia la cómoda. Respiró aliviado.

El libro seguía en el mismo sitio. Se preguntó si le convendría esconderlo.

Pero el estómago reclamaba alimento a gritos. Bennett se sentó a la mesa y empezó a untar una tostada con mantequilla.

Unos minutos más tarde, consultó la hora. Quería volver al castillo, para seguir su tarea investigadora. De pronto, vio algo que le dejó convertido en una estatua, con el brazo en alto, frente a sus ojos.

El reloj era calendario. Se acordaba muy bien de las fechas.

Y habían pasado ya dos días desde su primera visita a Roteberg.

Lo cual sólo podía tener un significado: el hallazgo de Andrea había sido real, el golpe recibido había sido auténtico... y había permanecido cuarenta y ocho horas inconsciente.

—Ursula, en cuanto te pille por mi cuenta, tú y yo vamos a tener una conversación muy interesante —murmuró.

* * *

Hugo, el mayordomo, le acompañó hasta la biblioteca y abrió la puerta con toda cortesía:

—La señorita Augusta le ruega se sirva dispensarla, señor profesor. También me ha encargado le diga puede considerarse como en su casa.

—Muchas gracias, Hugo.

Bennett procuró olvidar todo por el momento, sumiéndose en el trabajo. Más tarde, Hugo, silenciosamente, vino con una bandeja, en la que había servicio de café, una botella de buen brandy y algunas pastas.

El tiempo transcurrió rápidamente. A las cuatro de la tarde, Bennett, un tanto fatigado, decidió suspender la tarea. Realmente, no tenía prisa y tampoco quería cargar la mente con un trabajo excesivo. Lo que le sobraba era tiempo.

Tomó unos sorbos de coñac y encendió un cigarrillo. En aquel momento, se abrió la puerta.

—Oh, creí que se habría marchado —exclamó Augusta.

—Iba a hacerlo ahora mismo, señorita —sonrió Bennett—. Muchas gracias por sus atenciones.

—Ha sido un placer, créame.

A Bennett se le atropellaban las palabras en la punta de la lengua, pero, prudente, decidió que lo mejor era ganarse la confianza de la joven. Si era ella la que realmente le había escrito y no quería mencionar la carta por el momento, no debía forzarle a que lo hiciera.

La declaración llegaría por su camino natural. Era lo más conveniente.

Magda, el ama de llaves, apareció de pronto en la puerta.

—Señorita...

—Sí, ahora mismo, Magda. Discúlpeme, profesor.

Las dos mujeres se marcharon. Entonces, Bennett se dio cuenta de que tenía las manos manchadas del polvo de los libros.

Hugo estaba en el vestíbulo.

—¿Puede indicarme el lavabo, por favor? —solicitó Bennett.

—Con mucho gusto, profesor.

Momentos después, Bennett ponía sus manos bajo el grifo. Aunque el lavabo era de estilo antiguo, disponía, no obstante, de todas las comodidades.

Sólo faltaba una cosa. Lo advirtió cuando, maquinalmente, fue a ajustarse

el nudo de la corbata.

No había espejo.

—¡Qué raro! —murmuró.

Tal vez era un lavabo auxiliar... pero, pensó, también la servidumbre tenía derecho a mirarse cuando se peinaba, por ejemplo, o cuando Hugo tenía necesidad de afeitarse...

Pero Andrea había dicho que le habían sacado la sangre. ¿No decía la leyenda que los vampiros odiaban los espejos, porque no podían reflejarse en ellos?

Si ello era cierto, ¿quién era el vampiro de Roteberg?

Regresó al pueblo bastante preocupado. Birgit Wittburg estaba en su jardín, hermosa, lozana, con un brillo singular en los ojos y el rostro sonrosado.

«¡Qué aspecto tan distinto del que tenía el primer día!», pensó.

Después de cenar con buen apetito, se dirigió a su habitación. Sacó el libro de la historia del Atormentador y se sentó frente a la chimenea.

Esperaba a Ursula, pero fue en vano. La voluptuosa joven no dio señales de vida en toda la noche.

CAPITULO VI

Transcurrieron varios días.

Todo seguía normal. Bennett iba a diario al castillo, donde era acogido con gran deferencia. El tiempo mejoraba notablemente. Bennett empezó a pensar en la posibilidad de ir y volver a pie, a fin de hacer algo de ejercicio.

Augusta apenas si se dejaba ver y, cuando ello sucedía, cambiaba con el profesor unas breves frases corteses. En cuanto a Ursula, se mostraba muy reticente, dentro de su amabilidad. Bennett empezó a pensar si sería conveniente cortar por lo sano.

Aquella noche era el único huésped de la posada. Cuando Ursula le sirvió la cena, él se disparó con un pellizco en la parte más carnosa de la opulenta anatomía femenina.

—Tengo ganas de tomar un par de copas contigo... sobre las pieles —murmuró.

—Está bien —accedió ella en el mismo tono.

Después de la cena, Bennett se dispuso a subir a su dormitorio. Entonces vio algunos periódicos sobre el mostrador de la recepción y consultó a la madre de Ursula si podía subirse alguno a su cuarto.

—Hace días que no me entero de lo que pasa por el mundo —dijo sonriendo.

La respuesta fue afirmativa. Después de ponerse cómodo, tomó asiento bajo la lámpara.

Durante largo rato, se entretuvo en la lectura del diario. Bruscamente, cuando ya iba a dejarlo, captó un aviso que llamó su atención extraordinariamente:

«Se necesita mujer joven, sana, perfectamente equilibrada física y psíquicamente, para cuidar de persona enferma crónica. Buen sueldo, alojamiento y manutención incluidos.. Escribir con todo detalle a M. Holteiner, Roteberg, Pilsbud.»

Bennett repitió la lectura del anuncio varias veces. También Andrea había sido una mujer joven y sana, de absoluto equilibrio en lo físico y en lo mental. ¿Acaso el vampiro de Roteberg buscaba una nueva víctima?

M. Holteiner era un nombre perfectamente identificable; el del ama de llaves. Lo tendría en cuenta... y ya era hora, se dijo, de empezar a hablar con Augusta.

Poco después de las once, se abrió la puerta secreta y entró Ursula.

—¡Hola! —sonrió.

Bennett se puso en pie.

—Tenemos que hablar —dijo.

—¿Hablar? Hay cosas para las que no se necesitan las palabras, Richard.

—Mira, Ursula, dejémonos de juegos. Tú sabes tan bien como yo que encontramos a una mujer agonizante y que la subí a mi dormitorio. Cuando la atendía, alguien me golpeó. Seguramente, se llevó su cadáver y lo escondió en alguna parte. Por supuesto, me administraron un narcótico lo suficientemente fuerte para tenerme casi cuarenta y ocho horas dormido. En ese tiempo, desapareció la hinchazón del golpe. ¿Has comprendido?

Ella le miró con expresión horrorizada.

—Pero, Richard, ¿qué cosas dices? Eso lo has soñado...

Bennett apretó los labios. Era evidente que Ursula no estaba dispuesta a admitir la verdad.

O tal vez tenía miedo. ¿A qué? ¿De quién?

Sonrió.

—Sí, quizá soñé —dijo, a la vez que tendía los brazos hacia aquel cuerpo cálido y palpitante de pasión.

Debía hacer que Ursula se confiase, pero no lo c en un solo día.

* * *

—Me gustaría hablar con usted, señorita Von Kammel —dijo Bennet, dos días más tarde, cuando Augusta apareció inopinadamente en la biblioteca.

—¿Es algo importante, profesor?

—Sí, ciertamente. ¿Cómo sabía usted que yo iba a estar en Viena el día 22 de marzo de este año?

—No le entiendo...

Bennett trató de atravesar el espeso tejido que cubría la cara de la joven. ¿Estaba ante otro caso de resistencia a decir la verdad?

—No se preocupe, señorita —dijo.

—¿Encuentra interesante la biblioteca? —preguntó ella.

—Sí, mucho. Créame, escribiré un libro que causará mucha sensación.

—Celebraré que consiga un gran éxito, profesor.

Augusta se marchó. Bennett frunció el entrecejo.

¿Había micrófonos ocultos en alguna parte?

Aprovechando que estaba solo, trató de encontrar algún minúsculo emisor, pero, aparte de que carecía de experiencia sobre el particular, llegó bien pronto a la conclusión de que era una pérdida innecesaria de tiempo. No obstante, tenía la impresión de que Augusta sabía que era espiada.

—Es preciso ser paciente —se aconsejó a sí mismo.

Cuando terminó su trabajo, el vestíbulo estaba desierto. ,

No se percibía el menor sonido. Una idea acudió a su mente y la rechazó en el acto, pero se había fijado persistentemente y decidió ponerla en práctica, aun a riesgo de sufrir un contratiempo.

Pisando de puntillas, corrió por la escalera hacia el piso superior. ¿Cuál de aquellas puertas correspondía a la habitación de Augusta?

Abrió dos puertas, que daban a sendas habitaciones, sorprendentemente

desprovistas de muebles. La tercera puerta fue la del acierto.

Augusta estaba sentada de espaldas a la entrada, con la cabeza descubierta. Bennett pudo ver una hermosa cabellera dorada, muy corta, sin duda, para la comodidad de la capucha. Pero al hallarse ella de espaldas, no le podía ver el rostro.

Avanzó un par de pasos. Entonces, Augusta pareció presentir su presencia y se lanzó al suelo con gran rapidez.

—¡No me mire, no me mire! —dijo, mientras se ponía la capucha frenéticamente.

Bennett se detuvo en las inmediaciones del sillón. Al cabo de unos instantes, Augusta se levantó. Estaba muy alterada y su esbelto pecho subía y bajaba con gran rapidez.

—¿Por qué ha entrado aquí? ¿Quién le ha dado permiso? —preguntó, muy irritada.

Bennett no contestó por el momento. Recorría con la vista el interior de la estancia, muy amplia, de muebles antiguos y en no demasiado buen estado. Colgada de la pared, vio una gran cornucopia, pero no había en ella ningún cuadro. Entonces, adivinó que el historiado marco de madera dorada había rodeado un espejo que ahora faltaba.

Al fondo, divisó una puerta. Atravesó el dormitorio, abrió y se asomó al cuarto de baño.

—Si busca un espejo, no lo encontrará —dijo Augusta—. No quiero espejos que puedan devolverme la imagen de un rostro que hasta a mí misma me horripila.

Bennett se volvió lentamente hacia ella.

—Los espejos también horripilan a los vampiros —contestó.

—Son leyendas sin fundamento. Si eso fuese cierto, yo tendría que estar ahora en la tumba. Los vampiros no pueden vivir de día. Necesitan la noche para salir a practicar sus horribles actos... según las fábulas, claro.

—La palabra vampiro no debe ser entendida en el sentido estricto de la palabra, al menos en lo que se refiere a las personas. No hablo de un vampiro como el famoso conde Drácula..., pero una persona que sorbe la sangre de otra también puede ser considerada un vampiro, independientemente de la forma en que lo haga.

Augusta se volvió rápidamente hacia el visitante,

– Qué está diciendo? —exclamó.

Bennett avanzó hacia ella y le tomó las manos. La piel era muy fina y suave; eran manos de pianista, pero en modo alguno se advertía en ella debilidad física.

—Manos de una mujer perfectamente sana —dijo.

—Disfruto de una excelente salud, en efecto —convino Augusta secamente.

—Es curioso —murmuró Bennett—. Usted sufrió un terrible accidente... ¿de automóvil?

—Sí.

—Se le destrozó la cara horriblemente. En sus manos no veo la menor cicatriz. ¿Conducía usted?

—Sí.

—Alguna señal hubiera tenido que quedar en sus manos y las veo maravillosamente conservadas. En fin, dejemos el tema. ¿Cuándo hablamos de la carta que usted me escribió a Viena y que ayer negó o poco menos?

—En otro momento, se lo ruego. Ahora, por favor, váyase...

—De acuerdo, pero quiero que me conteste a una sola pregunta. ¿Fue usted quien puso la carta en algún buzón?

—Sí. Ya se lo contaré otro rato. Por favor, salga, salga.

Bennett asintió, a la vez que se dirigía hacia la puerta. Desde allí se volvió. Augusta estaba junto a un ventanal, de perfil a él, por lo que podía ver su silueta recortándose, contra la claridad exterior. Era el perfil de una diosa griega, pensó, una Venus esculpida por el cincel de Praxiteles... aunque, lamentablemente, con el cuerpo cubierto por ropas modernas. Pero esto no era lo peor, sino que la estatua estaba mutilada en el rostro.

Suspiró melancólicamente y salió.

De todos modos, no se sentía disgustado de la entrevista. La joven empezaba a ablandarse. El plan que se había trazado primeramente —paciencia—, empezaba a dar sus frutos.

Como no se encontró a nadie en el camino, bajó silenciosamente, se acercó a la puerta de la biblioteca, la abrió y cerró con ostentosidad y luego perdió unos momentos en encender un cigarrillo.

Hugo apareció en la puerta que daba a las habitaciones del servicio.

—¿Se va ya el señor profesor?

—Sí, Hugo; por hoy, he terminado mi labor. Muchas gracias.

Momentos después, Bennett emprendía el regreso a Pilsbud. Cuando llegaba a la aldea, se le ocurrió una idea.

Birgit Wittburg estaba en el jardín. Bennett paró su coche y se dirigió hacia la puerta.

—Señora, tengo un poco de jaqueca —manifestó—. Si pudiera pedirle a su esposo una receta para un analgésico...

Birgit sonrió encantadoramente.

—No será necesario, profesor; yo misma le traeré unas aspirinas .—contestó.

La joven se encaminó hacia la casa. Ahora ya no tenía el aspecto enfermizo que él le había visto el primer día. Sin duda, se había tratado de una dolencia pasajera, pensó.

Birgit volvió a los pocos momentos.

—Aquí tiene, profesor —dijo con graciosa sonrisa.

—Muchísimas gracias, señora Wittburg; es usted muy amable.

Bennett se quitó el sombrero un instante. Cuando ya se separaba de la verja, Birgit le llamó:

—¡Profesor!

—Dígame, señora...

—Perdone la curiosidad, pero ¿piensa permanecer mucho tiempo en Pilsbud?

—No lo sé todavía. Estoy haciendo investigaciones en la biblioteca de Roteberg y no puedo calcular el tiempo que invertiré en mi trabajo. En realidad, no tengo demasiada prisa, señora.

—Sí, esa clase de trabajos deben hacerse sin prisas. Discúlpeme de nuevo, profesor.

—A sus pies, señora Wittburg.

Birgit le dirigió una intensa mirada, pero tenía los párpados entornados. Parecía una mujer dulce, delicada, pero aquella expresión... Sonriendo cortésmente, Bennett volvió a su automóvil y arrancó de nuevo.

* * *

Una vez más, repasó el anuncio en el que se pedía mujer joven y sana para cuidar de una persona con una enfermedad crónica. De repente, buscó papel y pluma y empezó a escribir una carta.

Aquella misma noche, depositó la carta en el buzón de la estafeta de Correos del pueblo. Después de cenar, subió a su habitación y empezó a trazar un borrador, a base de las notas que había tomado en la biblioteca.

Por fortuna, Ursula no apareció aquella noche para ofrecerle sus atenciones. Alrededor de las doce, se metió en la cama, apagó la luz y, poco después, dormía profundamente.

Transcurrieron varios días.

Todo continuaba normalmente. Augusta se había dejado ver muy poco. Bennett rabiaba por tener una larga entrevista con ella, pero la joven parecía esquivarle deliberadamente. Además, pasaba mucho tiempo paseando por el campo, entre el castillo y la aldea. Quería hablar con la mujer joven y sana que, inevitablemente, acudiría un día u otro, como respuesta al anuncio publicado en el diario.

Una semana después, cuando Bennett se disponía a ir al castillo, al pasar por delante de la casa del médico, vio a éste en la puerta, con un maletín en la mano, ataviado con ropas de viaje y junto a su automóvil. Birgit estaba en la puerta y dejó que su esposo la besara en una mejilla. Indudablemente, el doctor se ausentaba de Pilsbud.

Regresó al atardecer. Como de costumbre, Birgit estaba en el jardín. Al verle, agitó una mano. Bennett detuvo el coche en el acto.

Ella se acercó a la reja.

—Sólo quería preguntarle por su salud, profesor —dijo.

—Oh, fue una leve jaqueca sin importancia. Ya me encuentro mejor, señora, muchas gracias.

—Lo celebro infinito, profesor.

—Disculpe un momento, señora... Les vi esta mañana al pasar... Tengo la impresión de que su esposo ha salido de viaje.

—En efecto, ha ido a Viena por asuntos profesionales. Estará fuera dos o tres días. La salud entre las gentes de la aldea es excelente, cosa nada conveniente para un médico —respondió Birgit jovialmente.

—De todas formas, un médico también se felicita cuando las gentes no necesitan de sus cuidados. Usted, por cierto, tiene un aspecto magnífico, señora.

Birgit se ruborizó levemente.

—Sí, me encuentro muy bien. He estado delicada una temporada, pero, por fortuna, ya me he repuesto.

Tras unos minutos de charla intrascendente, Bennett regresó a la posada, en donde hizo la vida de costumbre.

Sus investigaciones sobre el Atormentador progresaban considerablemente. No podía decir lo mismo de otra clase de investigaciones. ¿Acaso Augusta había tomado la decisión de rehuirle de forma definitiva?

El tiempo empeoró súbitamente al hacerse de noche y empezó a llover, a la vez que soplaba un viento muy desagradable. Bennett había pedido que ya no se encendiese la chimenea, pero aquella noche entendió que unos cuantos troncos ardiendo animarían el ambiente de su cuarto, mientras trabajaba en el borrador. Así, las horas se le pasaron sin sentirlo.

De súbito, pasadas las once de la noche, oyó un leve chasquido.

Hizo un gesto de resignación. Sabía lo que iba a suceder.

Ahora se abría la puerta secreta. Ursula entraría y...

Sus ojos se dilataron por el asombro, al reconocer a Birgit.

La joven sonrió extrañamente, mientras avanzaba hacia él, vestida solamente con un transparente camisón, que permitía ver casi íntegramente la silueta de un cuerpo dotado de numerosos atractivos.

—¿Le extraña mi presencia aquí, profesor? —preguntó Birgit.

—Se... señora...

Birgit avanzó hacia él y elevó los brazos para apoyar las manos sobre los hombros.

—¿Por qué usar tratamientos ceremoniosos? —dijo—. Yo soy Birgit, tú eres Richard. ¿Necesitamos saber algo más?

Bennett dudó un momento. Birgit continuaba con la sonrisa en sus labios, ahora rojos, cálidos, muy incitantes.

—Apaga esa lámpara, Richard —ordenó la joven.

CAPITULO VII

—Este pueblo es mortalmente aburrido —dijo Birgit, mucho rato después, tendida sobre las pieles, junto al forastero.

Bennett encendió dos cigarrillos y le pasó uno. Ella inhaló el humo, para lanzarlo después a lo alto con aire displicente.

—Si te aburres, ¿por qué sigues aquí?

—Mi salud decayó mucho en los últimos tiempos. Paul estimó que el clima de Pilsbud resultaría beneficioso.

Una racha de viento, junto con un turbión de gotas de agua, golpeó los cristales de la ventana, haciéndolos vibrar casi musicalmente. Bennett se echó a reír.

—El clima no es tan bueno como dices —exclamó.

—La atmósfera es limpia y la humedad no es excesiva. Eso es suficiente.

—Pero ya te encuentras bien.

Birgit volvió la cabeza.

—Tú, ¿qué crees? ¿Parecía enferma hace unos momentos? —preguntó maliciosamente.

Bennett se inclinó y rozó con los suyos los labios de la joven.

—Una mujer de fuego —musitó—. Pero «él»...

—Está en Viena, Richard.

—Y tú has venido aquí...

—Me pareció más discreto que hacerte ir a mi casa.

—Hay algo que me extraña, Birgit.

—Dime, Richard.

—¿Quién te habló de la puerta secreta?

—Oh, el pobre Vallöss. Cuando vinimos a Pilsbud, Vallöss y su esposa nos cedieron por unos días su vivienda, mientras que terminaban de acondicionar la casa. Vallöss me habló de la puerta secreta, como una curiosidad más de este edificio. Esta noche lo recordé y...

De pronto, Birgit tiró el cigarrillo a la lumbre y se puso en pie de un salto, espléndida como una diosa pagana, su blanco cuerpo ahora coloreado por las llamas de la chimenea.

—Creo que una copita nos sentaría bien —propuso.

—De acuerdo.

Birgit se sentó de nuevo instantes después y entregó una copa al joven.

—Salud, Richard.

-—Lo mismo digo, hermosa. Y añado: «Por esta noche maravillosa.»

Birgit bebió a sorbitos, mientras contemplaba al joven a través de sus espesa pestañas. De pronto, Bennett lanzó una exclamación:

—Esta Ursula...

—¿Qué sucede, Richard?

—La copa. Debía de estar sucia. El aguardiente tiene un sabor infame. Voy

a buscar otra copa.

Bennett se puso en pie. Arrojó el licor a la chimenea y las llamas tomaron durante unos segundos una infernal coloración azul.

El rostro de Birgit también se tornó azul. Bennett lo vio y le pareció que estaba contemplando la bellísima cara del mismo Lucifer.

Pero el resplandor azul duró muy pocos segundos. Bennett sacudió la cabeza. Estaba dejándose influir demasiado por el ambiente.

Cuando llenaba la copa, vio estallar ante sus ojos una serie de rapidísimos chispazos multicolores. Todo dio vueltas a su alrededor. Durante unos segundos, creyó hallarse en el centro de una vorágine producida por millares de estrellas que giraban con velocidades increíbles a su alrededor.

Una violentísima corriente eléctrica recorrió sus brazos. Los dedos se le engarfiaron, a la vez que doblaba las manos y los brazos, elevándolos, como si quisiera estrangularse a sí mismo. Un atronador huracán rugió en sus oídos. A través de un velo de millares de chispas doradas, vio los dedos y pensó que eran de otro, pensó que eran como diminutos gusanos, con vida propia, agitándose con frenéticos movimientos, que eran por completo independientes de su voluntad.

Algo horrible le sucedía. Sin embargo, conservaba en parte el dominio de su mente. Haciendo un poderoso esfuerzo, agitado por violentas sacudidas, corrió al cuarto de baño y se metió bajo la ducha.

El agua fría chocó contra su piel y le pareció que le pinchaban con un millón de alfileres. Pero la sensación dolorosa fue de muy corta duración.

Sus ojos captaron imágenes normales. Pronto se dio cuenta de que estaba recibiendo a chorros el agua fría. Tiritando de frío, cerró el grifo y buscó una toalla.

Aún temblaba. Ignoraba lo que le había sucedido, pero se daba cuenta de que había sido algo terrible. Jamás se había visto en un trance semejante. ¿Qué había pasado?

Después de enjugarse un poco, volvió a la sala, al objeto de secarse al calor del hogar. Entonces vio que Birgit había desaparecido.

Durante unos segundos, permaneció inmóvil, concentrado en sus reflexiones. Al fin llegó a una conclusión.

Lo mejor era callar. En modo alguno debía mencionar la presencia de Birgit en su habitación.

No podía decir nada, porque no le creerían..., como no habían creído lo de Andrea Krawopf.

Unos minutos después, se acercó a la consola y contempló pensativamente la botella de aguardiente. Sólo había tomado un pequeño sorbo de licor. El resto había ido a parar a la chimenea.

Las llamas azules, el rostro azul de Birgit..., la hermosa cara de un demonio con figura de mujer...

Destapó la botella y aspiró profundamente. El aguardiente olía bien, como de costumbre.

¿Le había puesto Birgit alguna droga en su copa?

Encendió más luces y examinó la superficie de la consola, centímetro a centímetro. Sí, allí había unos microscópicos granitos de una sustancia de color gris-verdoso, un tanto oscura...

El volumen total no alcanzaba siquiera a la centésima parte del contenido de una cucharilla de café. De pronto, se le ocurrió una idea.

Buscó un trocito de papel y lo pasó cuidadosamente por la consola, recogiendo así media docena de aquellos granitos. Luego dobló el papel, procurando que su contenido no se desparramase. Acto seguido, tomó una cuartilla y un sobre.

A la mañana siguiente, la carta saldría en el correo hacia Viena, desde donde volaría a Londres. Allí había un químico amigo, que le informaría de la naturaleza del extraño polvillo.

* * *

Dos días después, recibió una carta, en respuesta a la suya.

Contenía varios recortes de periódicos, con indicación de las fechas, las cuales vio separadas entre sí por tres o cuatro semanas. En total, los anuncios eran cuatro.

El último, anterior al que había leído, debía de corresponder a la infortunada Andrea. ¿Qué había sido de su cuerpo?, se preguntó.

Aquella mañana, en cuanto tuvo ocasión, habló con Augusta.

—Usted no sale nunca de su castillo —dijo.

—Sólo en raras ocasiones...

—Un edificio como éste, ¿no tiene más salidas que la puerta principal?

—Hay una puerta en el lado este, cerca del derrumbadero.

—Augusta, ¿tiene usted miedo de sus servidores?

—Por supuesto que no, profesor.

—Entonces, salga por esa puerta a las siete de la tarde. Así podremos hablar sin temor a ser escuchados.

Bennett miró a su alrededor. Estaban en la biblioteca. Si había algún micrófono, ¿dónde lo habían escondido?

De pronto, se fijó en la chimenea. Estaba completamente limpia, sin la menor señal de que se hubiese encendido fuego en ella desde hacía mucho tiempo.

En silencio, caminó hacia la embocadura y se arrodilló. Al otro lado divisó lo que parecía un trozo de plancha de hierro con un par de agujeritos.

A fin de ver mejor, sacó su encendedor.

—Sí, éste es el micrófono —musitó—. Acérquese, Augusta.

La joven obedeció, inclinándose para observar el interior del hogar. La llama del encendedor le permitió ver los dos orificios, tapados por un objeto que parecía también de hierro.

—¿Cuánto tiempo hace que no se enciende esta chimenea? —preguntó

Bennett.

—¡Oh!, no se ha encendido desde mi regreso...

—¿Y la de su habitación?

—Tampoco. Hay un par de radiadores de agua caliente.

—Esto es mejor que los micrófonos. Augusta, usted tiene que averiguar qué hay al otro lado de la pared del fondo de esta chimenea. Ahora no hay nadie escuchando, pero cuando quieren enterarse de lo que hablamos, quitan la otra plancha y así captan los sonidos con toda facilidad. ¿Lo ha comprendido?

Augusta se irguió.

—Eso significa que me espían constantemente —-exclamó.

—¿Lo duda?

Augusta fue a pasarse una mano por la frente, pero recordó de pronto que tenía puesta la capucha y desistió del gesto.

—En Roteberg suceden cosas raras desde hace algún tiempo... —murmuró.

—Precisamente por eso quiero conversar con usted largo tiempo, sin temor a ser escuchados.

—Sí, pero cambiaremos la hora de la entrevista.

—¿Cómo?

—Puesto que me espían, si me viesen salir a las siete de la tarde, cuando ya es de noche, podrían sospechar algo. En cambio, encontrarían mucho más lógico verme salir a dar un paseo a media mañana. Profesor, en el derrumbadero hay un sendero muy empinado, aunque perfectamente utilizable. No venga mañana a la biblioteca; aguárdeme allá abajo, a las once, escondido entre los árboles.

—De acuerdo. ¡Ah!, y no deje de averiguar adonde da la pared de la chimenea.

—No me olvidaré, se lo prometo.

* * *

Aquella tarde, cuando ya salía del castillo, divisó a lo lejos un coche que se acercaba en dirección contraria.

A pesar de la distancia, pudo apreciar que no era el automóvil del doctor Wittburg. Bennett llegó al pie del cerro, rodó un par de cientos más y, de pronto, atravesó el automóvil en el camino.

El otro coche se detuvo segundos después. Su conductora asomó la cabeza por la ventanilla evidentemente irritada.

—¿Se ha vuelto loco? —chilló—. ¡He estado a punto de matarme!

Bennett se apeó y caminó hacia la mujer. Era joven y bastante atractiva, rebosante de salud por todos los poros de su cuerpo.

—Usted se dirige a Roteberg.

—Sí, allí pienso ir... cuando deje el camino libre —contestó ella, sin

deponer su actitud belicosa.

—Soy el profesor Bennett. Señora, ¿puedo preguntarle si viene usted para atender a una enferma crónica?

Ella parpadeó.

—-Pues..., sí, es cierto...

—Y escribió, contestando a cierto anuncio a una tal M. Holteiner.

—Es verdad, profesor.

—Voy a darle un consejo, señora...

—Lucía Dülken, profesor. Y soy soltera.

—Seguramente, es enfermera diplomada o algo por el estilo, señorita Dülken.

—Es verdad. La oferta es muy buena, profesor, aunque no entiendo a qué viene esta serie de preguntas.

—Se lo diré bien claro: vuélvase a Viena.

Lucía emitió una burlona risotada.

—Está chiflado, profesor —dijo.

—Le aseguro que hablo completamente en serio...

—¿Va a decirme que corro algún peligro en ese castillo que parece habitado por fantasmas? Oiga, esa clase de cuentos de miedo ya no se estilan. Además...

Lucía se apeó. Bennett se quedó asombrado al observar su estatura, casi igual a la suya. Era una mujer robusta, pero no por ello dejaba de ser esbelta, y con el aspecto de poseer una gran fortaleza física.

—Míreme, profesor —dijo ella orgullosamente, a la vez que sacaba un pecho de curvas rotundas y agresivas—. Soy enfermera diplomada y especialista en judo. ¿Quiere que le haga una demostración?

Bennett retrocedió.

—¡No, por Dios!

—Hace un par de semanas, me asaltaron dos ladrones en el Prater de Viena... Bueno, nos asaltaron, porque yo estaba con un amigo, el cual, por cierto, huyó cobardemente, dejándome sola. Ahora, los dos ladrones están en un hospital, curándose unas cuantas fracturas de huesos.

—¡Caramba, sí que es peligroso meterse con usted, señorita Dülken!

Lucía sonrió desdeñosamente.

—Si alguien intentase atacarme en Roteberg, cosa que no creo, lo lamentaría infinito, créame.

—Bueno, siendo así... -—Bennett decidió ensayar otra táctica—. Pero ¿de veras tiene tanto interés en llegar hoy al castillo? ¿Por qué no se queda a pasar la noche en Pilsbud? Yo tengo una habitación en la posada, y es muy confortable; la comida es excelente... Claro que hay más habitaciones...

—Profesor, qué está insinuando? ¿Me ha tomado por una vulgar mujerzuela?

—Por favor, señorita Dülken...

—¡Vamos, quite su coche de ahí en el acto!

Bennett se resignó a dejar el paso libre. Lucía, al parecer, era muy obstinada. Y parecía capaz de darle un par de revolcones, si se empeñaba en mantener la misma actitud.

Por otra parte, confiaba en su fortaleza física. Tal vez consiguiera eludir el terrible destino de Andrea Krawopf.

—Ha sido un placer, señorita Dülken —se despidió.

—No diría yo lo mismo —contestó ella con sorna.

Bennett apartó el coche y continuó su camino. Al entrar en Pilsbud, vio el automóvil del médico parado frente a la casa.

—Bien, Wittburg ha vuelto al hogar —murmuró.

Se preguntó si Birgit había ido a la posada sólo por afán de aventuras o por envenenarle. El recuerdo de aquellos terribles momentos de locura no le abandonaba un solo instante.

Pero tal vez no era Birgit la autora de la intoxicación.

Sin embargo, ella no había sufrido ningún daño. Era lo que más le intrigaba.

Y también le intrigaba la actitud casi indiferente, cuando no hostil, de Ursula. Después de las horas de pasión, ahora le trataba con fría cortesía.

¿Por qué no intentar su «reconquista»?, se dijo.

A la hora de la cena, hizo una sugerencia en voz baja:

—Ursula, me gustaría que esta noche usaras la puerta secreta.

—No —contestó ella secamente.

Entonces, Bennett formuló una pregunta, brusca, tajante:

—¿A quién temes, Ursula?

El rostro de la joven cambió de color instantáneamente.

—¿Por qué no se va de Pilsbud? —dijo, muy nerviosamente—. Si continúa aquí, lo único que conseguirá es perdernos a todos. ¡Váyase, váyase, profesor!

CAPITULO VIII

Por la mañana, fue en coche hasta un par de kilómetros del castillo. Por precaución, lo metió en un pequeño prado, fuera del camino, de modo que quedara oculto a las vistas ajenas. Luego continuó a pie.

A unos mil metros, se desvió a la derecha, a fin de dar un rodeo que le permitiese llegar a la base del derrumbadero. Había suficiente vegetación para mantenerse oculto, aunque él podía, ver perfectamente la montaña y sus alrededores.

Media hora después, vio a una figura que se movía de una manera un tanto extraña. Le costó un poco reconocer a la agresiva Lucía Dülken, con chándal y pantalones de deporte, practicando la marcha gimnástica. Por lo visto, Lucía era una mujer a la que le gustaba mantenerse en forma.

Cerca de las once llegó al pie del derrumbadero. El castillo se alzaba a unos cien metros de su cabeza. Aquella ladera del cerro era de pendiente muy empinada, con escarpas verticales en muchos casos, sin vegetación apenas. Una caída desde lo alto podía ser mortal.

Poco después, vio descender una figura por el sendero que tenía trazado en zigzag. En algunos puntos, había peldaños trazados en la roca, para facilitar el camino.

Bennett se había escondido tras un grupo de abetos. Augusta llegó minutos más tarde y miró a su alrededor, como buscándole con la vista.

—Aquí —llamó a media voz.

La joven avanzó hacia él.

—Ahora podremos hablar sin temor a ser escuchados —dijo.

—Muy bien. Tenemos muchos temas... pero, antes, dígame, ¿encontró el otro lado de la chimenea?

—Sí, corresponde a una de las despensas. Hay una pared de ladrillos, pero me di cuenta de que dos de ellos pueden removerse fácilmente. Al quitarlos, encontré una gruesa plancha de hierro, que cubre la que hay perforada en la pared de la chimenea.

—Entonces, ya no cabe la menor duda. Cada vez que usted iba a la biblioteca, cuando yo estaba en ella, Hugo o su ama de llaves, se iban a la despensa a escucharnos.

—Pero no lo entiendo —exclamó Augusta—. ¿Por qué?

—¿Por qué me escribió usted aquella carta?

—¿Quiere que le diga la verdad?

—Se lo suplico.

—Hace tiempo, cayó en mis manos uno de sus libros. Era una colección de historias sobre personajes tal vez poco conocidos del público, pero que, en sus tiempos y en sus comarcas, fueron famosos por sus crueldades. Puesto que yo conocía la leyenda del barón Von Altwihr, se me ocurrió la idea de que a usted podría interesarle.

—¿Cómo sabía que yo iba a ir a Viena?

—Suelo leer los periódicos. Le habían llamado para una conferencia acerca de su especialidad.

—Sin embargo, no sabía que iba a alojarme en el hotel...

—Escribí varias cartas a algunos de los mejores hoteles. Una de ellas no sería devuelta.

—Augusta, tiene que enseñarme otro rato el papel en que me escribió su carta —dijo Bennett.

—¿Por qué?

—Ya se lo explicaré. Ahora, sigamos... ¿Cómo echó las cartas al correo?

—Salí de noche. La servidumbre dormía. No he querido ir a Pilsbud durante el día.

Bennett comprendió que la joven no quería que la viesen con aquella horrenda capucha.

—¿Qué hizo con las cartas devueltas? —preguntó.

—Las quemé. Por cierto, despedían un olor horrible...

Alguien, pensó Bennett, había espiado a la joven y sustituido las cartas. Todas habían dejado de ser peligrosas, excepto la que leyó su infortunado amigo.

—El doctor Wittburg la atiende a usted —dijo.

—Sí. Compréndalo, después del accidente, sufrí una terrible depresión.

—¿Se siente mejor?

—¿Cómo podría responderle? —dijo. Augusta, con acento lleno de amargura—. Tengo veinticuatro años y, salvo las heridas del rostro, una salud magnífica. Pero jamás podré aparecer ya en público...

Bennett frunció el ceño. La cirugía plástica, pensó, hacía maravillas hoy día. Tal vez no devolvieran al rostro de Augusta su belleza original, pero las hábiles manos de algún cirujano podían recomponer la cara de modo que no necesitase llevar siempre la capucha.

—De todos modos, hay algo que no acabo de entender.

—Dígame, profesor.

—¿Qué interés tiene usted en que yo publique la historia del Atormentador?

—Quizá algún día se lo explique —repuso ella, evasiva.

—Está bien. Otra cosa: ¿había hablado usted con Vallöss para advertirle de mi posible llegada?

—Sí. Era un amigo de mi familia desde hacía muchísimos años. Podía confiar en él.

—Tal vez lo vio la noche en que puso las cartas en el buzón.

—Sí.

Bennett elevó la vista hacia el derrumbadero.

—¿Fue allí donde se cayó?

—Al menos, lo encontraron al pie del precipicio.

—Quizá murió como mi amigo Henry Fuller —dijo él pensativamente,

—¿Quién era Fuller, profesor?

—Ya se lo contaré en otro momento. Por cierto, ¿qué hace Lucía Dülken en Roteberg?

—La señora Holteiner... Bueno, Magda no se encuentra bien. Dijo que necesitaría una enfermera... No vi motivo para negarme a su petición.

Bennett hizo un gesto de extrañeza.

—En Roteberg suceden cosas muy raras —dijo—.

Augusta, si quiere hacer un favor a Lucía, ciérrele su cuarto por la noche.

—¿Por qué?

—¿Vio usted a Andrea Krawopf?

—Sí, pero dijo que se marchaba, porque el empleo no le gustaba.

—¿Se lo dijo a usted?

—Desde luego.

—¿Quién la contrató?

—Magda, por supuesto.

Bennett hizo un gesto de duda. Sí, en Roteberg pasaban cosas demasiado raras. Alguien se aprovechaba de la situación de Augusta... ¿para qué?

—Una última pregunta —dijo.

—Sí, profesor.

—¿La visita con frecuencia el doctor Wittburg?

—Ahora no tanto. Un par de veces a la semana... Casi es un reconocimiento de rutina.

—¿Le receta medicinas?

—Algún sedante.

—¡No tome ninguna medicina! En todo caso, arroje la dosis al lavabo, a fin de que crean que sigue sus prescripciones.

—Profesor, me está atemorizando...

—Tengo razones para ello. Andrea no se marchó, sino que murió, probablemente asesinada. Por eso quiero que cierre la puerta de Lucía Dülken.

—Lo haré así... Profesor, empiezo a sentir miedo...

—Procure no demostrarlo, en todo caso. Haga su vida normal. Ya solucionaremos este asunto.

Bennett tomó las manos de la muchacha.

—Confíe en mí —se despidió, con afectuosa sonrisa.

* * *

Al regresar a Pilsbud, detuvo el coche frente a la casa del médico. Llamó a la verja. Una mujer de cierta edad acudió a la llamada.

—Deseo ver al doctor —manifestó Bennett.

—Ahora está ocupado...

—Bien, esperaré.

La sirvienta abrió y le condujo a la sala. Bennett esperó cosa de un cuarto

de hora.

Wittburg abrió la puerta y le miró fijamente.

—¿En qué puedo serle útil, profesor?

—Quizá es el trabajo de estos días, pero siento algo de insomnio por las noches. ¿Puede darme un sedante suave?

—Claro. Aguarde un momento, profesor.

El médico se marchó, para regresar unos minutos más tarde con un tubo de vidrio en la mano.

—Tómese una pastilla después de la cena. Dormirá perfectamente, sin secuelas de aturdimiento al despertar.

—Muchas gracias, doctor. ¿Qué le debo?

Wittburg alzó una mano.

—Por favor... Es una muestra gratuita.

—Muy agradecido. ¿Cómo se encuentra la señora Wittburg?

El médico torció el gesto.

—Ha tenido una recaída —contestó.

—Lo siento muchísimo, doctor. Tenga la bondad de presentarle mis respetos.

—Así lo haré, profesor.

Bennett regresó a la posada más temprano de lo acostumbrado. Subió a su habitación, se aseó un poco y luego tocó el timbre.

Ursula apareció instantes más tarde.

—¿Profesor?

Bennett cerró la puerta.

—Quiero hablar contigo muy seriamente, Ursula —dijo.

Ella cruzó las manos bajo los senos ampulosos.

—No tenemos nada de qué hablar —contestó fríamente.

—Te crees muy valiente, pero en realidad estás muerta de miedo. ¿Por qué abriste la puerta a la señora Wittburg?

—¿Yo? Está burlándose de mí...

—Ursula, estás metida en un juego muy peligroso. Tú sabes, tan bien como yo, que Andrea fue asesinada. Le dejaron las venas vacías de sangre. Cuando yo la atendía, alguien me dejó sin sentido de un golpe. Luego me dieron un sedante y dormí dos días seguidos. ¿Qué te pagan por ser cómplice de esta comedia?

Ursula hizo un gesto despectivo y se dirigió hacia la puerta. Ágil, Bennett le cerró el paso.

—Estás muerta de miedo —repitió.

—Profesor, ¿quiere que empiece a chillar? Hay gente en la taberna. Acudirían a mis gritos. Le acusaría de haber intentado abusar de mí. No lo pasaría muy bien, créame.

—Algún día, ya no necesitarán de ti. Puede que entonces acabes como Andrea.

Ursula sonreía despectivamente.

—Eso no sucederá jamás —contestó—. Y ahora, ¿puedo salir?

Bennett se quedó solo.

Ursula aseguraba no temer a nadie. ¿En qué se basaba?

De pronto, le pareció como si la joven tuviera una carta en reserva. Se sentía muy segura de sí misma, lo cual no hubiera sucedido sin un poderoso motivo.

Por la noche, subió a su habitación y apagó la luz a los pocos momentos. Sin embargo, se sentó junto a la ventana, desde la que dominaba buena parte de la calle.

Una hora más tarde, Ursula abandonó la posada. Pilsbud estaba en silencio.

Bennett se dirigió hacia la puerta. Bajó al vestíbulo y se asomó a la calle.

La silueta de Ursula se dibujó un momento bajo la luz de un distante farol. Luego desapareció, pero Bennett sospechaba ya el lugar hacia el cual se dirigía.

Era preciso confirmar tales sospechas. Corrió sin hacer ruido. Al llegar a la casa del doctor Wittburg, tanteó con cuidado la verja de hierro. Respiró aliviado: no estaba cerrada con llave.

Atravesó el jardín por la parte más oscura, con infinito sigilo. De pronto, vio luz en una de las ventanas de la planta baja.

Las cortinas no estaban corridas por completo. Bennett miró a través de la rendija. Wittburg y Ursula estaban estrechamente abrazados y se besaban y acariciaban con inequívoco ardor.

La ventana no era de bastidor alzable. Bennett se mordió los labios. Sin embargo, creyó hallar una solución, al pegar la oreja derecha al cristal de la ventana. El vidrio, en efecto, transmitió las vibraciones sonoras con notable claridad.

—Empiezo a cansarme ya —dijo Ursula.

—Ten un poco de paciencia...

—Paul, hace meses que me dices lo mismo. ¿Por qué no acabas de una vez?

—¿Por qué no dejar que la naturaleza actúe por sí misma?

—Eso es lo que dijiste hace algunas semanas. Al día siguiente, tu esposa parecía haber renacido. Y yo no estoy dispuesta a seguir con la comedia, ¿me entiendes?

—Eres muy impaciente...

—¡Estoy harta, Paul!

—No grites, por todos los diablos. Ella podría oírte.

—Vaya, cualquiera diría que la temes —rió Ursula cínicamente.

—Espera un momento. Quiero decirte algo muy importante. A ti también te interesa.

—De acuerdo, escucharé —dijo ella con acento desganado.

Wittburg acercó sus labios al oído de la joven. Bennett maldijo entre dientes; ahora no podía escuchar las palabras del médico.

Ursula se separó segundos más tarde y miró sorprendida a Wittburg.

—Eso que dices, ¿es cierto? —preguntó.

—Rigurosamente cierto, querida.

—Está bien. Siendo así...

—Así será, hermosa.

De pronto, Wittburg se arrojó sobre Ursula como un ave de presa. Bennett vio que las lujuriosas manos del galeno empezaban a despojar a Ursula de sus ropajes.

Lo que menos le gustaba era contemplar una escena amorosa. Sin hacer el menor ruido, con el mismo sigilo que a la ida, abandonó el lugar y regresó a la posada.

CAPITULO IX

El día siguiente transcurrió normalmente. Llegó la noche y Bennett se acostó, mientras todavía pensaba en la manera de hablar con Ursula y ver de sonsacarle cuanto sabía.

A la madrugada, oyó un leve ruidito en la ventana. Alarmado, abandonó el lecho y corrió hacia la ventana, que abrió de inmediato.

Abajo, alguien movió una mano.

—Profesor, venga, pronto.

Lleno de asombro, Bennett reconoció a Augusta. Algo grave debía ocurrir, cuando la joven se atrevía a abandonar Roteberg a una hora tan avanzada.

—Ahora mismo —contestó.

Consultó el reloj. Eran las cuatro de la madrugada. En un momento estuvo vestido. Cuando llegó a la calle, Augusta agarró su mano.

—Tenemos que darnos prisa —dijo.

—De acuerdo, pero ¿qué ocurre?

—Algo horrible. Lucía está...

—¿Muerta?

—Cuando yo la dejé, aún vivía. Pero tenemos que darnos prisa —insistió Augusta angustiadamente.

—Un momento —exclamó Bennett—. ¿Cómo ha llegado usted hasta la aldea?

—A pie, naturalmente... No sé, me dio miedo sacar el coche; habría hecho ruido...

—Cinco kilómetros de ir y otros tantos de volver, la dejarían exhausta. Iremos en mi coche.

—Pero el ruido del motor...

—Tenemos cierta ventaja. Venga.

El «Volkswagen» estaba en el pequeño garaje de la posada, cuya puerta no se cerraba con llave. Bennett se acercó al coche, lo desfrenó y puso en punto neutral la palanca de cambios.

Silenciosamente, sacaron el automóvil. Bennett maniobró, para llevarlo a la entrada de la calle, en donde echó el freno de mano.

—Suba, Augusta.

Ella obedeció. Bennett se situó junto a la puerta de su lado, quitó el freno y empujó con todas sus fuerzas.

La calle hacía una leve pendiente, apenas perceptible, pero suficiente para los fines buscados. Al cabo de unos metros de correr junto al coche, Bennett pudo saltar a su asiento.

Poco a poco, el automóvil ganó velocidad, aunque no demasiada. Bennett se abstuvo de encender las luces, hasta haber rebasado la casa del doctor Wittburg, en donde se iniciaba una pendiente más acusada, que conducía al fondo del valle. Bennett pudo conducir así casi medio kilómetro, hasta que

tuvo la razonable seguridad de que el ruido del motor no se oiría desde el interior de las casas.

—Relájese, Augusta; dentro de nada, tendremos que correr otra vez —dijo.

—Estoy empapada en sudor y no solamente de la carrera —confesó la joven—. Profesor...

—Richard, por favor. O, mejor todavía, Dick, como me llaman los amigos de mi círculo.

—Está bien, Dick. Voy a decirle una cosa: empiezo a sospechar que he sido inicuamente engañada.

—Yo también tengo esa misma sensación..., pero ahora debemos concentrarnos en Lucía Dülken. ¿La ha visto usted?

—Sí, está en mi habitación.

—¿Qué aspecto tiene?

—Horrible. Parece como si le hubieran vaciado de sangre las venas. ¡Pero en Roteberg no hay vampiros ni yo tengo esa espantosa afición!

—La creo, Augusta. Ahora, dígame, ¿cómo supo que Lucía no se encontraba bien?

—No podría explicarlo del todo satisfactoriamente... Escuché unos gemidos... En los primeros momentos, me asusté terriblemente; había llegado a creer que se trataba de un fantasma. Pero luego, al despertar por completo, me di cuenta de que los gemidos procedían de una persona. Me vestí, bajé al vestíbulo y me acerqué a la puerta que conduce a la cripta. Lucía estaba al pie de la escalera...

—Y la subió a su habitación.

—Sí.

—¿Por qué no avisó a Magda o a Hugo?

—No me fío de ellos.

—Hizo bien, Augusta. ¿Salió por la puerta del derrumbadero?

—Sí, Dick.

—Por allí entraremos nosotros. Una pregunta: ¿Hay teléfono en el castillo?

—No. De lo contrario, le habría llamado...

—Con lo que hubiese cometido una imprudencia. Ha sido mejor así; ahora, todos duermen en la posada y no deben saber nada hasta que llegue el momento oportuno.

Minutos después, Bennett detenía el coche a unos cien metros de la puerta del castillo. Augusta, descansada, corrió, tirando de su mano para guiarle hasta la puertecita posterior.

En silencio, entraron en el lúgubre caserón. Sus sombras se proyectaban desmesuradas, gigantes, al cruzar el vestíbulo. La quietud del castillo era abrumadora.

Corrieron al piso superior. Augusta abrió la puerta de su dormitorio. Lucía Dülken yacía sobre su propia cama.

Bennett se espantó al ver el aspecto que ofrecía una hermosa joven que sólo pocas horas antes era la viva estampa de la salud y la vitalidad juveniles.

Las mejillas se habían hundido profundamente y, bajo las ropas de cama, no se percibían las sólidas curvas del pecho que Bennett había admirado el día en que se conocieron.

El color de la cara y de las manos era de una blancura absoluta. ¿Dónde estaba la sangre de la joven?, se preguntó.

Tomó el pulso, pero no consiguió encontrarlo. Sólo después de apoyar la oreja en su pecho, creyó percibir unos débiles latidos.

—Augusta, un poco de licor.

—Sí, Dick.

Entre los dos hicieron que Lucía se sentara en la cama. Casi tuvieron que abrirle la boca a la fuerza, para que ingiriese unos sorbitos de aguardiente. Lucía tosió y pareció que un poco de color volvía a su rostro.

—Augusta, habrá leche en la cocina, supongo —dijo él.

—Desde luego.

—Lo que más necesitaría esta pobre chica es un litro de sangre, pero no podemos dársela. No obstante, creo que conseguiremos reanimarla un tanto. Leche, azúcar...

—Mejor miel, Dick. También tengo en la cocina. Yo la tomo con cierta frecuencia.

—Leche y miel, una buena combinación. No se mueva de aquí; yo iré a traerla.

Bennett abandonó el dormitorio y bajó al vestíbulo. Cuando llegaba a las inmediaciones de la cocina, oyó voces.

Rápidamente, se situó junto a la puerta, en una especie de zaguán, muy oscuro. Las voces correspondían a Hugo y el ama de llaves.

—Ella tiene que dormir hoy todo el día —decía Magda en aquel momento.

—Descuide, señora Holteiner.

—El profesor va a venir hoy, como de costumbre. Prepárale la botella como te ordenó el doctor.

—Muy bien.

Bennett se acercó a la puerta, que no estaba cerrada del todo. Hugo y Magda manipulaban en la cocina con frascos y botellas. El joven se mordía los puños de impaciencia, pensando en la mujer que estaba en el piso superior y a quien era preciso reanimar urgentemente.

A pesar de todo, supo conservar la calma. Hugo manipuló en una botella de aguardiente y la tapó. Magda enseñó una jarra llena de leche.

—Para el desayuno de Augusta.

—Está bien.

—Ahora hay que terminar con Lucía.

—Sí, vamos allá.

Bennett se situó en el rincón más oscuro. Hugo y el ama de llaves se acercaron a la puerta y la abrieron. Por un instante, Bennett creyó que iba a ser visto, pero los dos personajes pasaron sin verle.

Cuando se hubieron alejado, entró en la cocina. La jarra con la leche y la

botella de aguardiente estaban sobre una repisa de mármol. De pronto, Bennett vio una alacena abierta, en la que había otra botella del mismo licor, casi llena.

Se acercó a la repisa. ¿Qué droga había puesto Hugo en su aguardiente?

Sacó la botella de la alacena. Faltaba una cuarta parte, aproximadamente. Bennett comprendió que Hugo debía de beber de aquella botella.

La que le había sido destinada estaba completamente llena. Bennett la vació hasta dejarla al mismo nivel que la otra. En la que contenía la droga hizo, sin embargo, una diminuta señal con su lápiz, a fin de no confundirse. Hugo no la vería, ya que no estaba advertido.

En cuanto a la leche drogada, fue a parar al fregadero. Bennett llenó la jarra nuevamente. Después, puso más leche en un gran vaso y agarró el tarro de miel. Cuando se disponía a abandonar la cocina, oyó un rugido de rabia:

—¿Dónde diablos se ha metido esa maldita?

Bennett se agazapó tras un armario de madera oscura.

—Pero ¿cómo ha podido ocurrir? Esta vez tomamos todas las precauciones...

—Ha sucedido y basta —dijo Magda cortantemente—. Vamos a ver si la encontramos.

El ama de llaves y Hugo corretearon por todas partes. Bennett rogó para que no encontrasen a la desgraciada Lucía Dülken. Se imaginó a Augusta en su dormitorio, impaciente y aprensiva, pero no podía moverse de su escondite, hasta tanto no tuviera la seguridad de poder llegar arriba sin ser visto.

Al cabo de unos minutos, los dos personajes regresaron a la cocina.

—Necesito un trago —masculló Hugo.

Bennett corría ya hacia el piso superior. Aun así, pudo oír la voz de Magda:

—¿Cómo avisaremos al doctor?

—Déjelo de mi cuenta, señora Holteiner.

Momentos después, Bennett entraba en el dormitorio de Augusta.

—Lo siento —dijo—. Hugo y Magda andaban merodeando por allá abajo. Ahora le daremos la leche...

—Es inútil —le interrumpió Augusta—. Ha muerto.

* * *

Durante unos segundos, Bennett contempló el rostro de Lucía, extrañamente tranquilo en la suprema inmovilidad de la muerte. ¿Qué horribles experimentos habían hecho con ella? ¿A qué espantosas experiencias había sido sometida?

Al cabo de unos momentos, se volvió hacia Augusta.

—Tendríamos que hacer algo... Se me ocurre que podríamos devolver el cuerpo al lugar donde lo halló usted. Esto les desconcertaría y nosotros

tendríamos cierta libertad de acción.

—Pueden llamar a otra joven —apuntó ella—. En el tiempo que yo he estado aquí, he conocido a varias. Todas se marcharon muy pronto... Me dijeron que se marchaban, claro.

Bennett consultó su reloj. Eran ya las cinco de la mañana.

—Tenemos casi dos horas antes de que sea de día —murmuró—. ¿Le importa que aguarde aquí?

—Desde luego que no.

—Hugo ha dicho que avisará al doctor. Le sorprenderemos cuando venga.

Bennett lanzó una mirada hacia la chimenea, que permanecía apagada y limpia. Cerró los ojos, tratando de recordar mentalmente la disposición de ciertas partes del castillo. Lo comprobaría más tarde, cuando pudiera volver a la cripta sin riesgo.

Al cabo de unos segundos, se acercó a la cama y cubrió el rostro de Lucía con la sábana. Luego hurgó en sus bolsillos y sacó un paquete de cigarrillos. Maquinalmente, ofreció uno a la joven.

—No puedo —dijo Augusta.

Bennett se sorprendió. Ella señaló la capucha con el índice de la mano derecha.

—¿Por qué no abre una abertura para la boca? —sugirió él.

—Déjelo, no se preocupe.

—Vamos, mujer...

—Está muerto de curiosidad por verme la cara —dijo Augusta un tanto irritada.

—Lo que no comprendo es por qué ha de llevar la capucha constantemente puesta.

—Sólo me la pongo cuando sé que voy a estar con extraños.

—Eso significa que Magda y Hugo la han visto...

—A veces, muy pocas. Lo normal es que me cubra la cara una vez me he aseado por las mañanas.

—Y se cortó el pelo casi al rape, para no tener que mirarse al espejo y sentirse más cómoda bajo la capucha.

—Sí, pero, por favor, basta ya; deje este tema a un lado.

—Augusta, voy a decirle una cosa. Véngase conmigo a Inglaterra. Tengo buenas amistades... y esas buenas amistades tienen, a su vez, buenos amigos. Encontraremos un especialista en cirugía estética de confianza. Tal vez su cara no vuelva a ser la de antes... pero, por lo menos, podrá llevarla al descubierto. Inténtelo, se lo suplico.

—No insista, Dick.

Bennett se encogió de hombros.

—Como quiera —fingió resignarse.

Transcurrieron unos minutos. En el castillo había un silencio total. Bennett miró la hora una vez más. Apenas eran las cinco y cuarto de la mañana.

De súbito, reparó en que Augusta parecía descuidada, sumida en sus

pensamientos. Iba a ser una sucia jugada, pensó, pero no pensaba desistir, cualesquiera que fuesen las consecuencias.

Ella estaba vuelta de espaldas. Bennett se acercó cautelosamente, conteniendo la respiración. Bruscamente, elevó las dos manos y tiró de la capucha hacia arriba.

En el mismo instante, cuando, sorprendida, Augusta se volvía hacia él, se oyó un horripilante alarido.

CAPITULO X

El grito hizo que Bennett olvidase la espantosa visión de un rostro horriblemente deformado por lo que parecían pellas de carne, lanzadas sobre los huesos del cráneo sin orden ni concierto. Lo único atractivo eran los ojos, muy azules, grandes y rasgados..., pero Augusta, se dijo, tenía razón en mantener la cabeza cubierta.

Nuevamente se escuchó aquel terrible alarido. Bennett se precipitó hacia la puerta, corrió unos pasos por el corredor y se asomó al vestíbulo.

En el centro, Hugo se agitaba con titánicas convulsiones. Bennett recordó en el acto una escena idéntica presenciada semanas antes en un hospital de Viena.

Hugo daba saltos enormes, separándose del suelo a veces hasta dos metros. Aunque de nuevo tenía puesta la capucha, Augusta se tapó los oídos para no escuchar los espeluznantes chasquidos de los huesos que se rompían.

A la izquierda, Magda, convertida en una estatua, contemplaba la escena. De pronto, Hugo apoyó la nuca y los talones en el suelo.

Empezó a curvarse hacia arriba. Era como si una fuerza poderosa tirase de su cuerpo por la cintura, sujetándolo al mismo tiempo al suelo por la cabeza y los pies. El crujido de la columna vertebral al partirse resultó particularmente atroz.

Hugo se desmadejó y cayó al suelo. Entonces, Bennett reaccionó y empujó a Augusta. Magda, aunque con aprensiones, avanzaba hacia el cadáver del mayordomo. Bennett la vio tirar de sus pies. Indudablemente, iba a esconder el cuerpo en la cripta.

—Volvamos —susurró al oído de la joven.

Augusta parecía a punto de desmayarse. Bennett tuvo que sujetarla por la cintura.

—Dios mío, ¿qué ha pasado aquí? —musitó ella

Bennett buscó en el dormitorio. Había una botella de coñac y la olisqueó antes de llenar una copa.

—Levántese la capucha y tome un buen trago.

Augusta se volvió.

—Luego le contaré lo que le ha pasado a Hugo —añadió él—. Por pura casualidad no me ha sucedido a mí... Debiera haberme sucedido esta mañana, en la biblioteca..., pero ahora hemos de dejar este tema a un lado.

—¿Por qué? —preguntó Augusta, mientras se bajaba la capucha nuevamente.

—Se lo explicaré después de que me haya contestado a unas preguntas sobre su accidente.

—Choqué contra un árbol y me destrocé la cara...

—¿Dónde sucedió, Augusta?

—Cerca del castillo. Yo había vuelto para revisarlo, ya que tenía una

proposición de compra relativamente interesante. Es cierto que desciendo del famoso barón por la rama secundaria, pero eso no es cosa que me haya preocupado jamás. El apellido se perdió hace dos generaciones, por matrimonio. Sinceramente, el dinero que me ofrecía el comprador iba a solucionar mis apuros. Pero entonces tuve el accidente...

—¿Quién la atendió?

—Wittburg. Pasaba casualmente por allí y... Las heridas fueron sólo en la cara. Profundas, pero superficiales, no sé si me entiende...

—La entiendo perfectamente. De modo que Wittburg la atendió.

—Y su esposa. Los dos se portaron maravillosamente conmigo. Estuve algún tiempo en su casa. Luego me trasladé al castillo.

—¿Recuerda si perdió el conocimiento en el momento del choque?

—Dick, esas cosas nunca se recuerdan con claridad. No sólo Wittburg, sino muchos médicos dicen que la memoria se pierde unos segundos antes del choque, cuando es más o menos como lo que me pasó a mí.

—Cierto, he oído esa teoría y estoy de acuerdo con ella. Uno viaja en automóvil y de repente se encuentra en el hospital, sin saber cómo, sin tener la menor idea de haberse precipitado contra un árbol o contra otro coche. Tengo un par de amigos que han sufrido accidentes similares y ambos sostienen algo parecido. Es una especie de preamnesia, como sí la mente se negase a recordar los momentos inmediatamente antecedentes al accidente. Bien, quedamos en que Wittburg la atendió, curó y...

—Después de varios días, quizá semanas, no recuerdo bien, cuando ya pude levantarme, él y su esposa me contaron lo sucedido. Pedí un espejo... Wittburg dijo que podrían operarme, pero cuando me vi aquellas cicatrices tan horribles...

—¿Le daban sedantes mientras convalecía?

—Sí, supongo que sí. Es lo lógico, ¿no cree?

—¿Ha adquirido hábito? ¿Necesita sedantes corrientemente para dormir?

—No... Dick, ¿por qué me hace tantas preguntas?

—Voy a explicárselo ahora misino. Aguarde un momento,

Bennett estudió el interior de la habitación y llegó a la conclusión de que allí no podría realizar el experimento. Fue al baño, miró la ventana y sonrió satisfecho.

Había unos gruesos postigos de madera en el exterior. Después de cerrarlos, corrió las cortinas del dormitorio. A continuación, agarró el brazo de la joven.

—Venga aquí.

Augusta le obedeció, sin protestar, aunque sumamente intrigada porque las intenciones del joven le resultaban absolutamente desconocidas. Una vez en el baño, en donde no había más luz que la de las lámparas del lavabo, Bennett se acercó a la joven.

—Voy a quitarle la capucha —dijo.

—¡No!

—Déjeme...

—Por favor, Dick —rogó ella, casi a punto de llorar.

—Insisto. Ya la he visto una vez y no me voy a caer de espaldas. Y usted debe empezar a abandonar ese complejo de..., de ocultación.

La capucha fue a parar a un rincón. Entonces, Bennett se acercó a la joven y contempló atentamente su rostro desfigurado.

Una ligera sonrisa distendió sus labios.

—Me lo imaginaba —murmuró—. Augusta, no se mueva.

Alargó la mano e hizo pinzas con el pulgar y el índice. Lenta, pero firmemente, despegó un trozo de carne que sobresalía de la mejilla izquierda, como la cordillera de un diminuto mapa en relieve.

—¿Duele? —preguntó.

—¿Qué me despega de la cara? —preguntó ella.

Bennett no contestó, sino que prosiguió con su tarea. De cuando en cuando, Augusta emitía un leve quejido, al notar un tirón de la piel. Pero unos minutos más tarde, Bennett la empujó hacia el lavabo.

—Lávese con agua bien caliente y emplee jabón en abundancia. ¡Vamos, haga lo que le digo!

Augusta obedeció. De pronto, su cuerpo empezó a temblar convulsivamente. Bennett le puso una mano en la espalda.

—Sé que está adivinando la verdad. Cálmese..., más agua caliente y más jabón... Siga, siga...

Ella continuó a tarea, Al cabo de unos minutos, Bennett estimó que ya podía secarse. El mismo puso la toalla en su rostro y lo enjugó cuidadosamente.

Luego, todavía con la toalla ante la cara de Augusta, la condujo hasta situarla a un metro de la ventana. Los cristales, al hallarse cerrados los postigos, suplían aceptablemente a un espejo.

De pronto, retiró la toalla.

—¡Mírese bien, Augusta!

Los ojos de la joven se abrieron desmesuradamente. Ya lo había presentido, pero ahora, al confirmarlo, creyó que soñaba.

—No..., no tengo nada... —gimió.

—Maquillaje de cine —explicó Bennett—. Quizá, durante un tiempo, la piel estará algo más sensible de lo ordinario, debido a las colas con que adherían esas falsas cicatrices. Pero en un par de semanas, se encontrará como nueva.

De pronto, Augusta se tapó la cara con las manos y rompió a llorar.

—¿Por qué? —gemía angustiosamente—. ¿Por qué lo hizo?

—Necesitaba su castillo. Está en un lugar retirado, poco accesible a la gente. Usted debía permanecer aquí escondida, sin dejarse ver de nadie, pero sabiendo todos que se sentía muy desgraciada, por tener el rostro desfigurado. Una joven deprimida, desesperada, eran magníficos pretextos para que Wittburg pudiera venir aquí a cualquier hora, con toda frecuencia, sin que

nadie sospechara.

Al cabo de unos minutos, Augusta se tranquilizó.

—Dick, ¿cómo lo supo? —preguntó.

—Realmente, el maquillaje era una obra de arte. Pero tenía errores.

—¿Cuáles?

—Los ojos se hallaban en perfecto estado. No había daños en los párpados... Un accidente como el que usted sufrió, tal vez le hubiera privado de un ojo..., quizá de los dos, pero, en el mejor de los casos, alguno de los párpados debería tener también cicatrices y no era así. Además, los labios tienen su aspecto original. No podía actuar en ellos, a fin de que usted tomase sus alimentos sin dificultades. Las orejas, asimismo, están perfectas. Supuse que había trampa.,., ¡y acerté!

—Pero el maquillaje, en ocasiones, debía de ser retocado, examinado... Yo me lavaba, me bañaba...

—Y, de cuando en cuando, tomaba algún sedante sin que lo supiese y, al hallarse dormida, Wittburg repasaba su trampa para que siguiese funcionando constantemente.

—¿Por qué, Dick?

—Augusta, sospecho que dentro de muy poco, él mismo nos lo explicará todo. A estas horas ya debe de estar enterado de la muerte de Hugo.

—Una muerte horrible...

—La que me destinaba a mí. Yo cambié las botellas. En la alacena estaba la suya particular. La mía, de la que me hubiese servido alguna copita, como solía hacerlo en ocasiones cuando estaba en la biblioteca, contenía un terrible veneno.

—Entonces, usted...

—No lo lamento —dijo Bennett crudamente—. Hugo quería matarme y yo me he defendido,

—Eso significa que Hugo y Magda eran cómplices del doctor.

—Había más, Augusta.

—¿Quiénes?

—Se lo diré luego. Ahora, ¿tendrá valor para bajar a la cripta?

—Por supuesto. ¿Qué espera encontrar allí?

—No lo sé. Algo... Bien, vamos. Ah, póngase la capucha. No quiero que sospechen nada por ahora.

Antes de obedecer el consejo, Augusta se contempló una vez más ante el espejo improvisado. Sus dedos, largos, finos, se pasearon por las mejillas tersas, aunque muy pálidas.

—Me parece un sueño...

—Calculo que Wittburg debió de preparar muy bien la puesta en escena. Tal vez usted sufrió realmente el accidente, aunque no tan grave como se suponía en un principio... y quizá luego dejó el coche completamente destrozado. Vendar un rostro herido es cosa sencilla y los habitantes de Pilsbud no tenían por qué enterarse de la trampa.

—Es cierto —convino ella—. Bien, vamos.

Antes de salir, Bennett dirigió una mirada al bulto inmóvil que yacía sobre el lecho. ¿De qué había muerto la infortunada Lucía Dülken? ¿A qué horribles tormentos había sido sometida?

El vestíbulo aparecía desierto y en silencio. Bajaron corriendo y se encaminaron a la puerta que daba a la cripta. Momentos después, Augusta señalaba un punto, en el descansillo situado al final de la escalera.

—Aquí encontré a Lucía —dijo.

Bennett tocó la pared. Había un par de piedras deficientemente encajadas. Entre ambas se divisaba una ranura de un centímetro de ancho.

—La chimenea de su dormitorio tiene un conducto que llega hasta aquí abajo —explicó—. De este modo, pudo oír la voz de Lucía en demanda de auxilio.

—A veces notaba yo una- corriente de aire y no sabía explicarme su origen...

—Estas construcciones antiguas encierran muchos misterios —sonrió Bennett.

Al final había otra puerta de recios paneles de madera oscura. Bennett tanteó un viejo picaporte de hierro forjado.

—Bien, vamos a ver qué hay aquí...

En el mismo instante, algo cayó de las alturas.

Se oyó un ruido de vidrios rotos. Una espesa nube de humo azulado se elevó del suelo instantáneamente.

Bennett sintió que se mareaba.

—¡Huyamos, Augusta!

Otro recipiente se rompió a mitad de la escalera. El túnel inclinado empezó a llenarse de humo.

Augusta tosió violentamente y cayó de rodillas. Bennett intentó levantarla, sujetándola por la cintura, pero las fuerzas le fallaron de súbito y cayó sobre la escalera.

Haciendo un último y desesperado esfuerzo, Bennett intentó levantarse. Sólo consiguió alzar un poco la cabeza.

Arriba, en la entrada, vio el rostro de Wittburg.

El médico sonreía. Bennett creyó estar viendo la cara de Lucifer.

Pero la visión duró sólo un par de segundos. La pérdida de conocimiento sobrevino con silenciosa rapidez.

Sonaron unos pasos en la escalera. Wittburg llegó al descansillo y contempló los dos cuerpos que yacían inmóviles sobre las losas de piedra.

—Lo han descubierto, querida —dijo.

—Sí —respondió Birgit.

Magda estaba unos cuantos peldaños más arriba.

—Le conviene acabar con ellos, doctor —aconsejó.

—Antes de hacer nada, me gustaría analizar su sangre —respondió Wittburg fríamente.

CAPITULO XI

Bennett despertó después de un tiempo que no supo precisar, dándose cuenta de que estaba en pie, atado a la pared o a alguna gruesa columna, por una fina cadena de hierro que le ceñía el pecho, aunque dejándole libres los brazos. Los tobillos estaban igualmente sujetos por otra cadena.

Sentíase mareado, aunque se recuperó muy pronto. Entonces pudo apreciar con todo detenimiento el lugar en que se hallaba.

La cripta no era muy espaciosa y el ambiente era relativamente agradable. Bennett pensó que en alguna parte debía de haber un acondicionador de aire.

A unos seis o siete pasos de distancia, había una mesa de operaciones, sobre la cual estaba Augusta, atada a la misma por unas abrazaderas metálicas. Bennett notó que la joven proseguía todavía sin conocimiento.

Alguien más se movía por la cripta. Bennett reconoció a la esposa del doctor. Wittburg estaba al fondo, sentado ante una pequeña mesa de laboratorio, en la que había un microscopio, entre otros instrumentos.

—Bien —dijo el médico de pronto—, servirá. Tu sangre y la de Augusta son del mismo tipo.

—¿Y después?

—No tendremos más remedio que marcharnos de aquí.

—Pero ¿adónde?

Wittburg se volvió, impaciente.

—¡Y yo qué sé! —barbotó—. Ya encontraremos un buen sitio. De momento, ¿no te basta saber que puedes seguir viviendo durante un par de meses?

—Tardaste mucho más tiempo en preparar todo, Paul.

—Lo sé, lo sé..., pero ahora las cosas han cambiado. —Wittburg lanzó una horrible maldición—. ¿Por qué se le ocurriría a esta estúpida escribir al profesor?

Augusta tenía la capucha puesta todavía. Bennett seguía fingiéndose sin conocimiento. Le convenía escuchar lo que hablaban aquella pareja de desalmados criminales.

—Birgit, ¿por qué fallaste con el profesor? —preguntó Wittburg repentinamente.

—No fallé. Lo que sucede es que él notó el sabor de la droga. Debes hacerla inocua en este aspecto.

—¿Sospechó algo?

—No. Sólo dijo que Ursula era muy descuidada en la limpieza.

—Y ahora, ese estúpido de Hugo ha fallado también. No me explico cómo pudo beber del aguardiente preparado.

—Hugo tenía una botella propia, idéntica a la otra. Se confundió, eso es todo.

—En ese caso, celebro la confusión. ¡Los idiotas van pronto al infierno! —

dijo Wittburg cínicamente.

—Paul, ¿qué harás con el profesor?

—Analizaré su sangre. Tal vez sea del mismo tipo.

—¿Y si no es así?

Wittburg lanzó una carcajada que heló la sangre en las venas de Bennett.

—Querida, todavía ignoras algo muy interesante —dijo—. ¿Conoces la leyenda del barón Von Altwihr?

—Un poco...

—El diablo vino un día a buscar al barón y se lo llevó al infierno, en medio de llamas y olor a azufre. Es posible que en Roteberg esté la puerta del infierno. ¡Mira!

Wittburg había abandonado la mesa de laboratorio y estaba situado junto a determinado punto del muro, en el que se veía una especie de palanca de hierro forjado. La mano del médico asió la palanca y la movió hacía abajo.

Se oyó un tétrico gañido. Una parte del suelo se abrió, dejando a la vista un negro hueco de unos tres metros de lado.

Birgit, asustada, saltó hacia atrás. Su esposo, sonriendo, agarró un pedrusco que había en un rincón, se acercó a la abertura y lo dejó caer.

El ruido del impacto tardó algunos segundos, Bennett se dio cuenta de que la piedra golpeaba contra una superficie líquida.

—Doscientos treinta y tantos metros —dijo Wittburg—. En el fondo, hay una corriente subterránea. Antiguamente, éste pozo no era sino una cisterna, que permitía sostener a la guarnición del castillo, en caso de asedio.

—Está bien, pero cierra eso —pidió Birgit, muy nerviosa.

—Aguarda un momento, querida.

Bennett continuaba con la cabeza caída sobre el pecho. Wittburg cruzó la cripta, desapareciendo unos instantes de su vista, para reaparecer a los pocos segundos, con un cuerpo humano en brazos.

—Por fortuna, nosotros no necesitamos beber del agua de la cisterna —dijo cínicamente, mientras dejaba caer el cadáver de Lucía.

Bennett sintió un escalofrío de horror al oír el choque del cuerpo contra el agua situada a más de doscientos metros de distancia. Aunque una persona cayese viva, moriría simplemente con el impacto.

Wittburg regresó al muro, movió la palanca y el suelo volvió a tomar su aspecto normal.

—Bien, ahora despachemos de una vez —dijo.

Con las dos manos, empujó una mesa provista de ruedas y la acercó a la mesa en que se hallaba Augusta. Bennett advirtió que sobre la primera mesa había los instrumentos y recipientes necesarios para una completa transfusión de sangre.

Pero en aquel caso no habría transfusión, sino extracción.

—Doctor, será mejor que deje a Augusta —dijo.

* * *

Wittburg se volvió, sorprendido levemente, aunque con la sonrisa en los labios.

—Ah, ya está despierto —dijo—. ¿Qué le parece mi procedimiento narcotizador, señor Bennett?

—Excelente. ¿Qué va hacer ahora, doctor?

—Necesito la sangre de Augusta. Y la suya, si responde a lo deseado.

—Conservará la sangre y luego la trasfundirá a las venas de su esposa, ¿no es cierto?

—Así es. Lamentablemente, ella está enferma...

—¿Leucemia?

Wittburg meneó la cabeza.

—No lo sé. Nadie ha podido encontrar la causa de su enfermedad, pero necesita grandes cantidades de sangre con frecuencia.

—A veces, toda la sangre de un cuerpo humano. Le saca la que ya está envenenada y realiza una transfusión con otra sangre sana..., pero, inevitablemente, la sangre sana acaba por contaminarse.

—Así es. Trabajo intensamente en ello; algún día, descubriré el origen de la enfermedad y la sanaré por completo.

Bennett observó con el rabillo del ojo que Augusta daba señales de vida.

—Doctor, ¿ama usted mucho a su esposa?

—Desde luego. ¿Por qué lo pregunta?

—Birgit, ¿qué contestas tú?

La señora Wittburg se irguió.

—No sé qué quieres decir, Richard —contestó.

—Doctor, observe, su esposa y yo nos tuteamos. ¿No le sugiere algo muy íntimo entre los dos?

—¡Paul, no le hagas caso! Ese hombre trata de indisponernos. No hubo nada entre los dos. Sólo unas sonrisas, un par de besos..., pero él no bebió el aguardiente —protestó Birgit con gran energía.

Wittburg agitó la mano con aire benevolente.

—Querida, no te preocupes. El fin justifica los medios. Si te entregaste a él, sólo le ofreciste tu cuerpo. Pero me amas a mí solamente, ¿verdad?

—¿Puedes dudarlo, Paul?

—No te atormentes, cariño. Fallaste, porque el profesor es muy listo o tal vez simplemente aprensivo. Pero hiciste tu parte, que era lo interesante. Ahora, sin embargo, yo no fallaré.

Birgit sonrió satisfecha, mientras miraba a Bennett.

—Ya lo has oído —dijo.

—Sí, pero los crímenes de tu marido no permanecerán impunes eternamente. Y tú eres su cómplice: Andrea, Lucía..., ¿cuántas más han muerto para que puedas vivir?

—¿Importa eso mucho ahora? —respondió ella despectivamente—. Es mi vida la que me interesa y no la de los otros.

Dio unos pasos y se acercó a su esposo, para colgarse de su brazo con gesto claramente posesivo.

—Tú conseguiste mi cuerpo, pero no mi espíritu —-añadió.

—Es cierto, sólo tuve tu cuerpo. Pero el espíritu, el alma, está en poder del diablo.

Birgit se estremeció un instante.

—¡Tonterías! —dijo.

Bennett observó una vez más que Augusta estaba ya completamente despierta. La joven parecía forcejear discretamente con las abrazaderas que la sujetaban a la mesa de operaciones.

Una vez, ella volvió la cabeza y le miró. Bennett creyó entender en aquella mirada una súplica silenciosa. «Procura entretenerlos», le decía ella sin palabras.

—Doctor, usted sustituyó las cartas de Augusta —dijo.

—Sí. Me di cuenta de que escribía a alguien y la seguí hasta el buzón. Tuve que forzarlo un poco, pero conseguí recuperar las cartas. Luego las volví a escribir.

—En un papel especial.

—Exacto. Tengo entendido que fue otro el que murió.

—Era un buen amigo. Se llamaba Henry Fuller. Pero también mató a Vallöss.

—Empezaba a merodear indiscretamente. Era un buen amigo de la familia Von Kammel. Por lo visto, conocía a Augusta desde que nació y no le gustaba lo que pasaba aquí.

—Por dicha razón, le dio una dosis de su droga y luego lo arrojó por el despeñadero. —Todos creyeron que estaba borracho perdido —rió Wittburg.

—Es usted un gran embaucador. También consiguió engañar a Augusta con su historia del accidente.

Las cejas del médico se alzaron.

—¿Qué está diciendo? Fue un terrible accidente.

—En un principio, debió de ser un accidente muy leve, aunque quizá Augusta perdió el conocimiento. Incluso pienso eme usted mismo debió provocar ese accidente, cuando ella venía a inspeccionar su propiedad, llamada por un hipotético comprador.

—Su perspicacia es maravillosa, profesor. ¿Le ha contado ella la historia del accidente?

—Me ha contado muchas cosas. Pero Augusta llegó a creer sinceramente en un rostro horriblemente deformado.

—Lo tiene destrozado; no se puede hacer nada...

—Por favor, Birgit, quítale la capucha.

Hubo un instante de silencio. Birgit y su esposo cambiaron una mirada.

—Lo saben —dijo Birgit al cabo.

—Es una lástima —suspiró Wittburg—. Temo que habré de utilizar el pozo una vez más.

—Después de habernos sacado la sangre.

—Claro. La sangre puede conservarse mucho tiempo... el suficiente para que Birgit y yo alcemos el vuelo. Cuando se nos acaben las reservas, compraré algún frasco en un hospital. Ya nos arreglaremos, profesor; supongo que, después de muerto, no le va a preocupar nuestra situación, ¿verdad?

—A mí, no, desde luego; a quien sí puede preocuparle es a Ursula.

—¿Qué está diciendo? —Gritó Birgit—. Ursula no tiene nada que ver en este asunto.

—Les ha ayudado, ¿no? ¿Cómo se cree que ha conseguido su esposo la ayuda de la rolliza Ursula Farbahl?

Los ojos de Birgit chispearon.

—Richard, habla claro de una vez —exigió secamente—. No me gustan las medias tintas...

—Mira a tu esposo. Pregúntale qué hacía la noche en que estabas enferma, seguramente, esperando la sangre de Lucía Dülken. Pídele que te repita las palabras de una Ursula impaciente porque la naturaleza no acaba de realizar su obra en el cuerpo de una mujer enferma. Pídele que te explique lo que sucedió entre ambos, en la sala... una escena de amor realmente volcánica.

—¡Birgit! —Chilló Wittburg—. ¡No le hagas caso! ¡Ese hombre miente!

—No miente. Ha dicho la verdad.

CAPITULO XII

Ursula estaba en la puerta de la cripta. En su mano derecha, un puñal goteaba sangre todavía.

Se oyó una risa sarcástica.

—Magda quiso cerrarme el paso. Yo se lo he abierto..., ¡al infierno!

La joven dejó caer el cuchillo. Sus ojos se pasearon por la cripta.

—De modo que me has engañado, Paul... La quieres a ella; no vas a dejar que muera de su enfermedad...

El silencio era agobiante. Ahora, ninguno de los presentes se fijaba en Augusta, salvo Bennett, quien observó, no sin satisfacción, que la joven tenía ya una mano libre.

Bennett decidió echar su parte de leña al fuego.

—Claro que nunca te ha amado, Ursula —dijo—. El sólo te utilizaba, porque sabía que le eras necesaria en algunas cosas. No iba a conquistar a tu madre —añadió, sarcástico.

—Paul, ¿qué es lo que quiere decir esta loca? —preguntó Birgit, repentinamente enojada.

—No te preocupes, sólo son disparates —respondió Wittburg, despectivo.

—¿Disparates? ¡Decía que te dejaría morir y sería su esposa! —Gritó Úrsula—. Me entretenía..., y yo me había convertido en su amante, creyendo todo lo que él me dijo... Augusta consiguió soltarse la otra mano. Bennett se dio cuenta de que la joven alzaba levemente la cabeza, a fin de estudiar el mecanismo de apertura de las abrazaderas inferiores.

«Tengo que distraer su atención», pensó. Augusta era su única esperanza.

—Doctor, ¿qué hay en aquel armario? —preguntó.

Wittburg y las otras dos mujeres volvieron instintivamente la cabeza.

—Es mí banco de sangre —rezongó el interpelado.

—¡Ah! De modo que ahí guarda la sangre...

—Sí.

—La sangre que da la vida a su esposa.

—¡Sí, por todos los diablos! ¡Tengo que cambiársela casi íntegramente cada mes! En un principio, podía espaciar las transfusiones mucho tiempo. Ahora tengo que hacerlo mensualmente.

—Y la enfermedad se agudiza y esas transfusiones serán cada vez más frecuentes.

—Por ahora, la enfermedad está detenida. No progresa, pero tampoco empeora, salvo cuando la sangre nueva empieza a contaminarse.

Era cuando Birgit aparecía tan pálida, pensó Bennett.

—De modo que en esa especie de armario está la vida de tu esposa —dijo Ursula.

Wittburg apretó los labios. Súbitamente, Ursula echó a correr.

El médico adivinó sus intenciones y trató de cortarle el paso, pero la furia

de la joven, unida a la velocidad de su carrera, hizo que su gesto resultase inútil. Wittburg recibió un tremendo empellón que lo lanzó de espaldas y cayó al suelo.

Ursula se precipitó sobre el armario y lo abrió de golpe. Birgit adivinó sus intenciones y saltó sobre ella, pero la joven se volvió, con un bocal de vidrio lleno de líquido rojo y se lo estrelló en plena cara.

La sangre manchó casi por completo la cara y el pecho de Birgit, quien retrocedió, tambaleándose. Ursula reía como una loca.

—¡Toma sangre, toma sangre! —aullaba, a la vez que arrojaba hacia Birgit los bocales repletos del líquido vital.

Era un espectáculo nauseabundo, horripilante. Birgit chillaba como una posesa, empapada de rojo de la cabeza a los pies. De súbito, Ursula alzó el último bocal, sosteniéndolo con ambas manos, y golpeó el rostro de Birgit con todas sus fuerzas.

Se oyó un alarido espeluznante. Birgit retrocedió, llevándose las manos a la cara, destrozada por los fragmentos de vidrio. Ursula parecía haber perdido la razón.

Wittburg se puso en pie, todavía vacilante, a causa del aturdimiento de la caída. Tanto él como las otras dos mujeres parecían haber olvidado por completo a sus prisioneros.

Augusta aprovechó la ocasión y, sentándose en la mesa, soltó las abrazaderas en un santiamén. En aquel momento, Birgit, enloquecida, se arrojaba contra Ursula.

—Me has matado..., pero tú también irás al infierno...

Birgit tenía en la mano un trozo curvo de vidrio, con el que rajó la cara de Ursula, desde la frente al mentón. Un torrente de sangre brotó por la espantosa herida. Ursula, cuyo ojo izquierdo había sido destrozado por el cortante filo del vidrio, retrocedió tambaleándose, a la vez que emitía unos chillidos espeluznantes.

La iniciativa había pasado ahora a Birgit, quien peleaba como una fiera salvaje. Arrojándose sobre Ursula, desgarró sus ropas con la mano izquierda, dejándole el pecho al descubierto. Luego, con el mismo cristal, empezó a cortar, tirando feroces tajos a, los senos.

Era una escena demencial. Hasta el mismo Wittburg parecía haberse acobardado.

Ursula pareció reaccionar y trató de defenderse, arrojándose contra Birgit. En el centro de la cripta, las dos mujeres, con las ropas desgarradas, semidesnudas, peleaban con inaudito salvajismo.

De pronto, Wittburg saltó hacia atrás. Su mano se aferró a la palanca que accionaba el mecanismo de apertura del pozo y la bajó de golpe.

El suelo faltó repentinamente bajo los pies de las dos mujeres. Se oyó un doble alarido, que se alejó rapidísimamente hacia las profundidades. Los gritos de Ursula y Birgit se cortaron bruscamente, al chocar contra la lámina de agua situada casi a doscientos cuarenta metros.

Wittburg pareció reaccionar entonces y lanzó una mirada hacia la mesa de operaciones. Al verla vacía, sufrió un terrible sobresalto.

—¡Augusta! —gritó.

Avanzó unos cuantos pasos.

—¡Contésteme, Augusta! ¿Dónde se ha metido? ¡Salga o mataré al profesor Bennett!

—¡Estoy aquí! —contestó la muchacha.

Wittburg se volvió. Un chillido de pánico brotó de sus labios al ver que Augusta cargaba contra él, empujando la pesada mesa del instrumental.

El médico quiso saltar a un lado, pero era ya tarde. El borde de la mesa le golpeó en la ingle, lanzándole hacia atrás.

Pero a sus espaldas no había más que el negro hueco del pozo. El grito que lanzó Wittburg al sentirse precipitado en el vacío, era más de rabia que de miedo.

Después del choque final, sobrevino el silencio. Augusta, en pie, jadeaba fuertemente. De pronto, se arrancó la capucha.

—Ya no necesito usarla —dijo.

Se acercó a Bennett y tanteó las cadenas.

—Creo que podré soltarle, Dick —añadió con suave sonrisa.

—Mujer valerosa —dijo él—. Augusta, creo que en usted se ha cumplido la leyenda sobre el barón.

—Pero Wittburg no era su descendiente...

—Tal vez no lo fuera en sentido físico pero sí espiritualmente —alegó Bennett—. Lo cierto es que ha muerto de la misma forma que describe el libro. Aunque claro, faltan las llamas y el olor a azufre. Pero ese pozo es la puerta que abre paso libre al infierno.

De pronto, se oyó arriba un débil grito.

—¡Es Magda! —exclamó Augusta, sorprendida.

Bennett tenía ya las manos libres.

—Ve a ayudarla —tuteó a la joven—. Si sobrevive, tendrá que declarar muchas cosas.

* * *

Bennett abrió la puerta y vio a Augusta ante el espejo, retocándose la cara con diversos elementos de maquillaje.

—No lo necesitas —dijo.

Ella le miró a través del vidrio azogado.

—Deja que disfrute, después de tanto tiempo —contestó—. Una de las pomadas es medicinal. Me la ha recomendado el médico, para ayudar a la regeneración de la piel.

—Está bien. ¡Ah, Magda acabará por curar! Ha declarado cuanto sabía, que era mucho.

—¿Por qué ayudaba a Wittburg, Dick?

—¿Por qué iba a ser? Por dinero... Wittburg poseía una fortunita, lo que le permitía dedicarse por entero a su mujer. Hay que reconocer en su favor que estaba muy enamorado de Birgit..., enfermizamente enamorado, por supuesto, lo que le permitía cometer los mayores crímenes, sin ningún remordimiento.

—También cometió el error de seducir a Ursula, Dick.

—Necesitaba su colaboración, sobre todo, desde el momento en que vio que yo llegaba a Pilsbud, a pesar de las precauciones tomadas. Un hombre maduro, un investigador dedicado exclusivamente a la Historia, no hubiera representado peligro para él, pero resultó que el que vino era un hombre joven..., y él ya sabía que yo había asistido a la muerte de Fuller. Por tanto, tenía que buscar la manera de neutralizarme, aunque de una forma discreta y segura.

—Birgit trató de envenenarte, pero sólo tomaste un sorbo de licor.

—Fue algo horrible. De haber bebido un par de copas más, ahora estaría muerto. El tóxico creado por Wittburg, en cuya composición entra en gran parte el ácido lisérgico o LSD, es terriblemente potente. Puede incluso, penetrar en la sangre a través de los poros, por ejemplo, cuando se toca un papel muy áspero, como sucedió con Fuller. El veneno tarda entonces más tiempo en hacer efecto e incluso no actúa igual en todas las personas. A Fuller lo sumió primero en un estado de catatonía; luego, cuando el doctor Launsdorf lo hipnotizó, debió de provocar una especie de reacción, que llevó a la muerte a mi amigo..., una muerte análoga a la de Hugo, aunque éste, por haberse tomado unos generosos tragos, falleció en pocos minutos.

Bennett encendió un cigarrillo.

—De todos modos, hay algo que aún no me has explicado, Augusta —añadió.

—¿Sí, Dick?

—Tú viniste a Roteberg a fin de inspeccionar la propiedad, para el presunto vendedor, que no era otro que Wittburg, con un nombre supuesto. Pero me escribiste a mí...

—El comprador dejó de relacionarse conmigo. Mis ahorros me hubieran permitido sobrevivir un par de años a lo sumo. Tu libro podía haber sido una propaganda gratuita para Roteberg. No faltan tipos ricos y caprichosos, ¿comprendes? Los castillos con una leyenda como éste no abundan mucho.

—¿Fue cierta la leyenda? —murmuró Bennett, meditabundo.

«Ahora ya no importa demasiado», pensó.

—Augusta, creo que voy a volver pronto a mi país —dijo.

—Me escribirás con frecuencia —solicitó ella.

—¡Hum! Soy escocés.

Sorprendida, Augusta se volvió en su asiento.

—¿Qué quieres decir, Dick?

Bennett contempló a la joven durante unos segundos. El aspecto de Augusta le satisfizo enormemente.

—Bueno, los escoceses tenemos fama de tacaños... y si voy a escribirte

con frecuencia, tendré que gastar mucho dinero en papel, sobres y sellos de correos. Te propongo un plan más ahorrativo.

—¿Cuál? —sonrió ella.

—Cásate conmigo. Así no tendré necesidad de escribirte.

—Pero un matrimonio es mucho más caro que una colección de cartas al cabo del año.

Bennett avanzó hacia ella. Augusta se puso en pie.

—Un matrimonio es más caro, pero también más satisfactorio —dijo el profesor. Sabía que Augusta iba a contestar afirmativamente, pero prefería obtener la respuesta silenciosa de un beso.

FIN